

Carta del doctor Carlos María de Pena

Sr. don Carlos Martínez Vigil

Mi joven amigo: Me pide V. unas líneas en homenaje al primer aniversario de la REVISTA.

¿Qué he de decirles a Vds., cultores entusiastas de las bellas letras, yo que no puedo hacer más literatura que la muy rancia y enojosa que se estila en casi todo el Foro?

Los cursos universitarios de Economía, Finanzas y Administración, tampoco dan tregua para ocios literarios. Los alumnos, que en general se van a la sustancia de las cosas y se preocupan ante todo de lo más descarnado del programa, correrían al profesor que les hiciese literatura.

No que aquellas materias anden reñidas con todo el arte de la palabra, sino que la exposición científica va derecha al bulto y se cuida poco de la estética en los primeros pasos del aprendizaje.

Apunte, pues, para otro lado, amigo mío. Si V. y sus compañeros necesitaran aliento ó aplausos, que no los han menester, encontraríanlos sobrados en cartas muy merecidas y elogiosas como las que tienen ya recibidas de insignes escritores.

He leído con interés la REVISTA y admirado algunos notables trozos literarios de esa pléyade de jóvenes de vasta preparación, llamados a una labor intelectual y artística que mantendrá siempre vivo el culto por los grandes ideales.

Al enviar mis felicitaciones a los esforzadísimos mantenedores de tan generoso movimiento de ideas, que espero no se interrumpirá más, permítanme una indicación.

Nuestras instituciones científico-literarias, por temor a exaltaciones ó recrudescencias partidistas, incurrieron en el error de poner restricciones al cultivo de la historia nacional, paralizándola en el año 30. La historia es, sin duda, una de las más preciosas y fecundas fuentes para la inspiración literaria. Se ofuscan, se achican ó debilitan los sentimientos y aspiraciones de los pueblos que olvidan la propia historia. Atavismos, preocupaciones exclusivistas ó sectarias que se ostentan en nuestros días, no tienen más explicación que el olvido ó la ignorancia de las páginas más dramáticas de nuestra historia.

Si la REVISTA ha de responder a su título, propendan Vds. con entusiasmo y perseverancia a despertar el interés por los estudios históricos nacionales en la vasta amplitud y con el elevado criterio que exige la cultura científica moderna, y estimulen su publicidad dando con el ejemplo la nota más alta del patriotismo y del progreso de las letras uruguayas.

Afectísimamente,

CARLOS MARÍA DE PENA.

De Washington Bermúdez

Sr. D. Carlos Martínez Vigil

Presente.

Muy señor mío:

Tengo el gusto de enviarle para la REVISTA NACIONAL unas décimas con que termina el acto segundo de mi drama criollo titulado *Artigas*. Esas décimas las canta una moza en presencia de Rivera, Lavalleja y otros personajes que acaban de ceñir su frente con los laureles de Guayabos. He tratado de expresar en mis versos, con el lenguaje sencillo de los habitantes del campo, la manera de sentir de los orientales de nuestros tiempos heroicos, y deseo que puedan servirle para su REVISTA.

Créame de V. afino. S. S.

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

LA BANDA ORIENTAL

Entre el Uruguay profundo
Y el mar azul y sin fin
Se extiende un vasto jardín,
La maravilla del mundo.
En ese suelo fecundo
Crece el ombú colosal,
Canta el alegre zorzal
Y el pampero su ala agita:
Esa es mi tierra bendita,
Esa es mi Banda Oriental!

Tierra de lindas mujeres
De entusiasta corazón,
Que en el pensamiento son
Como angelicales seres.
Y un porvenir de placeres,
Bajo el techo conyugal,
Brindan al criollo leal
Que, en la terrible contienda,
Vierte su sangre en ofrenda
De nuestra Banda Oriental!

Patria de altivos guerreros
Que han de luchar sin reposo,
Hasta ver el suelo hermoso
Libre de los extranjeros.
Y en bárbaros entreveros,
Con arrojo sin igual,
Vencen a lanza y puñal
Ó sucumben como bravos,
Antes que vivir esclavos
En esta Banda Oriental!

Que dejan padres y esposa,
Hijos y amante querida,
Porque la patria afligida
Los llama triste y llorosa.
Patria, madre cariñosa,
Celeste madre inmortal,
Tú eres su solo ideal,
Tú eres su sola fortuna,
Tú, la tierra de mi cuna,
Mi dulce Banda Oriental!

No hay poblados ni desiertos,
Ni montañas ni rastros
Donde no se hallen despojos
De nuestros patriotas muertos.
Pero esos despojos yertos
Que besa el sol matinal

Duermen el sueño eterno,
Guardados en noble tierra
Por el ángel de la Guerra
Y el de mi Banda Oriental!

Un saludo a la memoria
De los valientes caídos,
Cuyos nombres bendecidos
Ha coronado la gloria.
En el libro de la historia
Viven con vida triunfal,
Y en mármoles y en metal
Ha de grabarlos un día
Tu gratitud, patria mía,
Mi eterna Banda Oriental!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ.

DE LEOPOLDO DIAZ

Sr. José Enrique Rodó.

Mi distinguido amigo:

Contesto a su amable invitación remitiendo para la simpática REVISTA NACIONAL, que leo con placer, ese pequeño trabajo inédito, que es lo único que tengo disponible en el momento.

Creo que llegará aún a tiempo para que aparezca en las columnas de la REVISTA, cuyo éxito parece asegurado y por el cual formulo mis votos más fervientes.

Al solicitar mi colaboración de manera tan gentil, soy yo el honrado. La amistad intelectual de grupo tan selecto como el que dirige la REVISTA me llena de legítimo orgullo y es el mejor premio a mis afanes por el culto de las letras.

Dígnese aceptar mis vivos agradecimientos y transmitir estos sentimientos a los estimables camaradas de labor.

Soy su afino. amigo y servidor

LEOPOLDO DIAZ.

Buenos Aires.

EL LLANTO DEL MONSTRUO

A Rubén Darío

Encontré un monstruo en mi camino. Al viento
El duro pico de águila salvaje;
Las córneas alas de vampiro enorme,
Con puntiagudo garfio y ceniciento
Color de lo reptilico y deforme.

Al sol la garra poderosa, al verme
Batió sus flancos escamosos; luego
Llegó hasta el sitio donde estaba, inerte,
Rígido, anonanado, mudo, ciego.

Y me observó un instante... La pupila
De su ojo taciturno y soñoliento—
En actitud hierática y tranquila,
Como si escudriñara el pensamiento—
Crecer, crecer, crecer vi con espanto.

Después, con una extraña mansedumbre,
Puso en mi hombro sus zarpas, y a la lumbré
De Hécate triste, desbordó su llanto.

LEOPOLDO DIAZ.

Misión del civismo

(Del álbum de autógrafos de Ricardo Sánchez)

Cuando en un país se suceden sin interrupción los gobiernos personales y las tiranías desenfrenadas, es absurdo suponer que el mal provenga de una pequeña fracción de elementos perversos. Las situacio-

nes anormales son producidas en ese caso por una gran fuerza social, que continuará obrando cualquiera que sea la suerte que quepa a sus representantes políticos, en cada época histórica determinada.

Las consideraciones políticas deben indudablemente tenerse en cuenta al apreciar el grado de progreso de un pueblo y el lugar que le corresponde en el mundo civilizado; pero es forzoso reconocer que arriba de esas consideraciones están las causas sociales, que son las que constituyen en realidad la fuente de todo malestar.

La abstención y la revolución son medios raquíticos para combatir desequilibrios tan grandes. Es necesario no abandonar el organismo social a la acción de los elementos perturbadores que han originado la afección.

Buckle ha observado con profunda razón que en los Estados de civilización europea son las leyes mentales las que principalmente determinan el progreso ó la destrucción de las nacionalidades.

Que un pueblo realice grandes y constantes conquistas en el mundo de las ideas, y los gobiernos personales caerán por su propio peso, y las mayorías indolentes ó descarriadas que los producen se transformarán en fuerzas activas de progreso y bienestar.

La adquisición y difusión de los conocimientos:—he ahí el único programa político, el más fecundo, el más eficaz, el más seguro para iniciar y consumir la gran revolución y establecer de una manera permanente el reinado de las instituciones libres.

EDUARDO AGEVEDO.

Una palabra de aliento

El cultivo de las letras ha sido en todo tiempo ocupación generosa, pero en las épocas de abatimiento moral es acto de patriotismo.

La dificultad que supone semejante esfuerzo, practicado en medio de la indiferencia, realza su valor y demuestra la superioridad de espíritu de quienes lo acometen. Por eso ha correspondido siempre su iniciativa a la juventud, y la forma consagrada para lograrla, en este siglo propagandista, es precisamente la misma que adoptan los fundadores de la REVISTA NACIONAL.

Deseo por mi parte a la publicación que hoy conmemora su primer aniversario larga y fecunda vida.

FRANCISCO BAUZÁ.

De «Tax»

A pesar de lo categórico de la declaración contenida en la carta que a uno de los miembros de esta Redacción dirigió el humorista *Tax*, y que luce en seguida, insistióse en la solicitud, y se obtuvo, no sólo la promesa de una colaboración que se estima en lo mucho que vale, sino también el artículo que a continuación se inser-

ta, en el que se pone de manifiesto el carácter literario de su espiritual autor.

Señor doctor don Víctor Pérez Petit

Estimado doctor:

Aun cuando me es agradable no ocultar la buena impresión que deja en mí la carta que por intermedio de V. me dirige la brillante juventud que tiene a su cargo la REVISTA NACIONAL, estoy obligado a declinar el honor que benévolamente quiere hacerme, al pedirme autorización para poner mi nombre entre sus colaboradores.

He resuelto dejar, por ahora, las distracciones que mi vida literaria me proporcionaba.

Necesito dedicarme a mi trabajo profesional, y nadie creerá en ello, mientras *Tax* no desarme su escopeta y la coloque cuidadosamente en su caja.

Necesito renunciar a mi decadentismo para engrosar, *velis nolis*, las filas de los amables, de los rutineros, de los industriales distinguidos.

¿Haré bien?...

No pierdo esta ocasión para saludar a la REVISTA NACIONAL y desear a sus ilustrados redactores todo bien merecido.

Afectísimamente,

TEÓFILO E. DIAZ.

Montevideo, febrero de 1896.

UNA PÁGINA

Los siglos tienen su primavera, su verano, su otoño y su invierno, si aceptamos el pensamiento de un crítico respecto de Lamartine: *Las poesías de Lamartine son las flores de la primavera del siglo XIX*; y podría agregarse: que renacen, se coloran y perfuman entre las escarchas del invierno, quebradas por la fuerza de la vegetación de los ideales, al caer la noche en la memoria de los viejos: *Viejas torres que la tarde doraba en lontananza*.

Y mientras las delicadezas de la poesía y del romanticismo, que es instrumento de pulir las asperezas de lo natural, renacen en las almas al fin del siglo como desconcertadas del éxito de la prosa, del naturalismo y de la fuerza, el dios de la Guerra, acaso estremecido por esas majestuosas idealidades del pensamiento, hace deleznable la organización militar, el valor indomable de una raza ardiente, la científica dirección de los generales, facilitando, como una sorpresa, el triunfo de una raza, capaz de civilizarse, pero aún no civilizada, en favor de la cual ninguna nación alza su voz para compadecerla.

Es el triunfo del romanticismo fin de siglo, con los honores que vuelven a prodigarse a Lamartine, el delicado cantor de los sentimientos íntimos y puros, la derrota de Italia, como una predisposición de la suerte en favor de las patrias, de la tierra donde el hombre como la planta arraiga su pensamiento, su poder y su amor.

Si un rey ha podido conquistar un nombre heroico ante la majestad de los ideales, ha sido el rey Humberto.

Las conquistas de Abisinia son contrarias a sus sentimientos, a su tendencia, a su conveniencia.

La organización militar de Italia no necesitaba pruebas en la conquista, porque,

conquistando, justificaba los éxitos de sus vecinos contra territorios italianos importantes.

No debió el rey dejarse fascinar por las conquistas de África llevadas a cabo por los ingleses.

La Inglaterra es una isla y no tiene comprometido su territorio.

Italia está rodeada de usurpadores. El romanticismo, que necesariamente va a hacer camino, podrá un día castigar las conquistas contra los schoanos, negando a Italia el derecho de reconquistar su tierra.

El rey Humberto tiene una gloria inmensa que obtener mandando retirar su ejército de Abisinia, coimando el orgullo de sus príncipes, demostrando al ejército que, aun existiendo poder inmenso para abatir con un plan formidable a los schoanos, la inspiración del genio consiste en desistir de toda conquista, dejando que los médanos escabrosos, los abrojos y los pantanos caldeados por el sol de los negros, no sientan otra planta humana que la que la naturaleza colocó allí, con destino ignorado.

Las conquistas son frutos de lo prosaico, de la audacia, y en sus efectos pueden equipararse al canal de Panamá y al asesinato de Sadi-Carnot. El canal, como ejemplo de la perversión del sentido moral en los espíritus superiores, llevado al extremo de asociarse para el dolo ministros, diputados, ingenieros, comerciantes; y el segundo, como demostración de que en el mundo moral las doctrinas exaltadas del egoísmo logran desarrollar una víbora de la cruz que puede conmovier con su picadura a la nación más hermosa.

La conquista es una moda de la fuerza brillante.

El romanticismo en el invierno del siglo condenará las brutalidades de la vida, y los misterios de la suerte le llevarán en algún caso el consuelo de inexplicable triunfo; pero el ingenio frenético del hombre y las fórmulas del poder y de la fuerza armada, con sus invenciones diabólicas, iniciarán de nuevo en la primavera del siglo su marcha de orgullo, de placer, de desastre, de utilitarismo cruel que mantiene a las poblaciones casi inertes en la industria y sólo activas en la reproducción.

La REVISTA NACIONAL, cimentada en el estudio serio de la literatura, con impulsos hacia ideales románticos, aspirando a constituir un centro donde todos los conocimientos humanos converjan a la crítica de sus jóvenes redactores, necesariamente encaminados a formarse profesores tranquilos, sabios, metódicos, es una esperanza de triunfo del espíritu nacional uruguayo, ante la cual lo prosaico de la vida recibirá sus golpes.

TAX.

PENUMBRAS

I

La vida es una nave que va sola
Saltando de ola en ola,
Por la planicie de agitado mar.
Se da la vela al viento en la alborada
En la hora sonrosada.
Cuando se sienten ansias de bogar.

II

El sol de la esperanza el horizonte
Colera. Fingo un monte
La nube blanca al firmamento asida.
Boga el barquero y boga, mas no alcanza
La incierta lontananza
Que mira al fin flotar desvanecida.

III

¿Y por qué ese anhelo hondo, creciente,
Si siempre hay un peniente
Donde el sol cae entre dorada bruma?
¿Por qué esas grandes ansias inmortales
De cosas ideales,
Si sólo son como flotante espuma?

IV

¿Y de qué valen el placer, el oro,
Ni tu elogio sonoro,
¡Oh gloria! vil esclava de la suerte,
Si todo lo que existe en lo creado
Bajo el cielo estrellado
Rueda fatal al seno de la muerte?

V

Lóbrego abismo, á cuya sola idea
Se estrema y flaquea
La mente humana y retrocede ciega;
Como el rudo corcel vuelve espantado
Y relincha azorado.
Cuando hasta el pie de un precipicio llega.

VI

Es allí, en esas pálidas regiones
Donde las ilusiones
Se convierten en sombra triste y fría,
Donde pliegan sus alas fatigadas
Las quimeras deradadas
Y no se siente más la duda impia!

VII

Allí irán los que vengan, los llamados
A ser más desgraciados
Que nosotros tal vez; porque la muda
Impenetrable Estiingo de la Nada
Les dará en su jornada.
Más que á nosotros, su porción de duda!

VIII

Entre las olas de ese grande abismo,
En ese fondo murisimo,
Que antes tuviera un livido Caronte,
No hay siquiera un fulgor agonizante
Que nos muestre delante
La abierta inmensidad de otro horizonte.

IX

En el desierto el viajador cansado
Ve un cielo arrebolado,
Y, en medio del delirio que le atormenta,
Una ciudad gentil de encierros llama
Suspirando de la arena.
Como surgen los sueños de la drama!

X

Anda sobre la arena calcinada,
Y, tras larga jornada,
Cuanto más se fatiga y más avanza,
Más la esbelta ciudad que ante sí mira
De su pie se retira,
Y tal es en el mundo la esperanza!

XI

Todo tiene una sombra: sus espinas
Las rosas purpurinas;
El nido que el frondoso árbol escuda,
La garra que se cierne; la victoria,
La sangre infamatoria,
Y el pensamiento audaz la negra duda!

XII

No duda quien no piensa. En el agosto
Ancho templo vetusto
Á los misterios de Isis consagrado,
¿Qué luz arroja el velo de la diosa
Que vela silenciosa
Sobre las multitudes del pasado?

XIII

¡Ay! la verdad es agua y se evapora!
Cuanto más sabe el hombre, más ignora.
En vano al fin de lo creado va;
Y si afirma en la ciencia su osadía,
Es para confesar que todavía
Le queda un «más allá»

XIV

Más allá impenetrable y misterioso,
Cada día más hondo y tenebroso,
Enigmática sombra triste y cruel;
La ciencia es la montaña que escalamos.
¿Y qué es el horizonte que abarcamos,
Ni qué quedará tras él?

XV

¿Por qué de suerte igual roban la calma
Y son horrible torcedor al alma?
Un negro crimen y un profundo amor?
¿Qué tienen de común? ¿por qué á la hora
De la meditación desgarradora
Dan el mismo dolor?

XVI

¡Oh nebuloso abismo en que navega
La pobre humanidad, perñida y ciega,
Bañada por la eterna luz del sol!
Viejo bajel sin norte, ¿adónde iremos?
¿Al país de los sueños llegaremos
Entre un grande arrebol?

XVII

Misterio profundísimo y sin nombre,
En vano, en vano, se debate el hombre,
Con la razón del ser y del no ser.
Entre dos inñitos suspendido
Se mira, sin saber por qué ha venido
Ni dónde ha de caer!

VICTOR ARREGUINE



Notas Andinas

(EN EL PARAÍSO)

Encontrándose de paso en esta ciudad el literato peruano señor Mariano José Marteneo, se le solicitó por esta Revista su cooperación intelectual; y atendiendo al pedido que se le hizo, tuvo la galantería de facilitar para su publicación una serie de sonetos, que con gusto insertamos á continuación.

I

¡Cuanto te adoro, hermosa! El mar profundo
Olas no guarda como el pecho mío
Tumbos de amor; ni el luminar de estío,
Con el poder de su calor fecundo

Que derrama prolífico en el mundo,
Guarda en su seno férvido y bravo
De corrientes de fuego inmenso río
Como el de amor en que me abraso y hundo.

El suplicio letal de Prometeo,
El infinito mar de la esperanza,
Del delirio el impulso irrefrenable,

La libertad sin lindes del deseo:
Todo es pequeño y á medir no alcanza
De mi pasión el piélago insondable.

II

Si! De mi amor y mi adorada quiero
Describir con colores celestiales,
Del uno los hondísimos raudales,
Y de ella el aire de estival lucero.

Del Sol la lumbre por lo tanto inquiere,
Su azul á lo alto, al alba sus cendales,
Al homérico ardor sus ideales;
Mas, no acude la luz, y... desespere.

Rebelde el habla á mi querer no pinta,
Ni la haldad de rostro peregrino
Ni el mundo de pasión que á mi alma abruma.

Y arrojo al suelo la prosaica tinta,
Y en el papel estéril y mezquino
Con ira de león clavo la pluma.

Rugidos de la selva

(FUERA DEL PARAÍSO)

I

Un aviso-puñal rasgó iracundo
La fe de los amantes sentimientos,
El cielo se enlutó, los elementos
Preludaron un eco gemebundo.

Brilló en seguida el rayo furibundo,
La tierra sacudióse en sus cimientos,
Espantoso huracán lanzó sus vientos
Y alzando al mar lo desplomó en el mundo.

Cien Otelos en uno, enloquecidos,
Cien leones rugiendo embravecidos
Fui yo en aquel instante... ¡horrendo drama!

Mi pecho á los ardores del combate
Quedó arrasado por quemante llama,
¡Y aun ese corazón impune late!

II

Ocho años de pasión correspondida,
Ocho siglos de amor y de ventura,
De efusiones supremas de ternura
En que el delirio suprimió la vida;

Ocho años en que el alma suspendida
En el trono ideal de su hermosa
Brilló cual astro en celestia! altura,
Al sol de su cariño mantenida;

Ocho años de ilusión y de delirio,
De romana firmeza y de martirio,
Templo que las caricias coronaron

Y un poema de fuego en el guardapolvo
Esa mujer, con mano desgloriada,
En un instante sumergió en la nada.

MARIANO JOSÉ MARTENEÓ.

SELVA-MADRE

(FRAGMENTOS)

Dijo el cantor; y, quedo,
Tocando con un dedo,
Como Chénier, su frente,
Se fué internando en la espesura brava,
Sonriendo altivamente.
La Pasionaria azul, que descollaba
Entre las otras flores más pequeñas
Como una favorita en un serrallo,
Lo miró al internarse ansiosamente,
Avanzando su tallo...

—«¿Cómo sueñas, cantor, y cómo sueñas!»
Le oí decir á la flor.

Y á la mañana,
Cuando todas las flores se entregaron
Á los besos del sol claro y caliente,
Ella, la flor coqueta,
Ella, la flor bravia,
Enamorada del esquivo poeta
Se encerró en su corola
Y allí, feliz y sola,
Llegó á la noche sin gozar el día.

Hay que entrar muy despacio, porque el hombre
Es sospechoso donde fué temido;
Y hundiendo el alma en religioso fluido,
Saber sentir, distintos y pequeños,
Con sensaciones acres y nerviosas,
Alzando al aire las abiertas palmas,
El beso de los sueños,
Y el sueño de las almas,
Y el alma de las cosas.

El bosque calla, con el aire manso
De un titán soñoliento.
Duerme en las hojas la canción del viento.
La llanura, la flor y el firmamento
Parecen entregados al descanso...

Mas la selva no quierme! De su seno
Brotó un rumor profundo
Como el rodar de un trueno;
Indefnido y vago
Como el vaivén de un lago;
Uniforme y sereno
Como el latir de un mundo,

De un mundo en gestación! Está dormida
Para quien ve sin comprender. La vida,
Como al volcán, le hierve en las entrañas.

Se escuchan tenues ruidos
De enredaderas ávidas que crecen
Tanteando troncos, donde al fin se enroscan.
Con presiones extrañas,
Entre deslizamientos y crujidos.
Se elevan copas de árboles que ofrecen
Aspectos de montañas,
Montañas que se mecen...

Y á esa selva, en tal hora,
Cuando empieza á bullir, cuando el silencio
Se puebla de ruidos,
Y palpitan las aves en los nidos
Acallando sus cantos,
Y vagan por los lejos escondidos
De su propio pavor despavoridos
Los nocturnos espantos,
Y una vida potente,
En el orgasmo de un deleite enorme

Se entrega á los delirios de la savia
Irguiendo y sepultando las raíces
Que, con ardor de lujuriosa rabia,
Van á engullir—mordientes y lascivas
Como bocas de sátiros, abiertas
Para morder mercedidas fugitivas—
En el banquete de las plantas vivas
La podredumbre de las plantas muertas,—
Á esa selva, en tal hora,
Hay que entrar muy despacio, porque el hombre
Es sospechoso á la inocencia alada;
Y saber de pasión,—que el que no sabe
Cómo ama el astro y cómo besa el ave,
Aunque ande muy despacio, no oye nada.

¡Ay del cantor del corazón humano
Que entró, fiado en sí mismo,
Al fondo hostil de la espesura brava!
Con imprudente heroísmo
Alzó su voz contra el dolor tirano,
Y el dolor lo acosaba!
Pero él! él no cedía!
Escudado en su fe y en la firmeza
De su alma luchadora,
Á la acechancia oscura acometía
Con su canción metálica y sonora,
Resonante y bravia
Como el acento de un clarín!

Asonbro

Á su pesar la cólera sentía
Ante aquel hombre pálido y tranquilo
Que con la lira al hombro,
Bajo la negra selva amenazante
Que le negaba asilo
Cerrándose tras de él como un encierro,
Avanzaba magnífico y triunfante,
Cantando todavía!

Su canto lo vendía:
Aquel canto viril, sonando á hierro,
Con ecos altaneros y profundos,
Despertaba los manes iracundos
De una raza con hierro anonadada
Y á hierro destruida.

Producción

La yerba hirsuta por el poeta hollada
Como un zumo de lágrimas.

Hervía

Por la selva un rumor de multitudes
Irritadas y fieras;
Los árboles tomaban actitudes
De caciques en pie; los troncos huecos
Repetían los ecos
De las voces guerreras
Que profirió el salvaje; las agudas
Espinass recias de las zarzas rojas
Se alzaban como garras y mordían
En las carnes desnudas
Del extraño; las hojas
De totora, erizadas y derechas,
Apuntaban al poeta, amotinadas,
Cortantes como espadas
Y agudas como flechas!

—«¡Bien, enemiga, bien! Al fin vencido
El extranjero está! Tú lo has querido!
Al fin caí! Ni el hambre torcedora,
Ni la punzante sed, ni la fatiga
Domeñaron mi fibra luchadora,
Y un lazo oscuro me sujeta ahora,
Selva, enorme enemiga!
Mas no todo acabó! Si tú has querido
Que calle el grito del cantor herido,

El grito de combate,
Si está la muerte del audaz resuelta,
Queda alguien todavía
Que ha de seguir la intrépida porfía:
Mi canción, que anda suelta!
Guárdate, vieja selva, de sus gritos
Potentes é infinitos
Que caerán con tronido de centella,
Con violencia de hachazos
Sobre tus troncos secos!
No han de servir tus lazos
Para amarrar sus ecos!
No has de encontrar prisiones para ella!...

«Y yo, que entré sonriendo á la espesura,
Confiado como un niño, caminando
Con cuidadoso tiento
Por no pisar las yerbas, que me herían
Con extraños furoros,
Y andando sin rumor entre las flores
Por si acaso dormían!»

«¿Cómo pensar que en esta selva extraña,
Tan grande y tan florida,
Donde hay tanta belleza y tanta vida,
No haya también amor! No haya una entraña
Donde palpita la pasión fecunda
Que desfallece de placer y crea!
¿Cómo pensar que donde todo vive
Dulce vida de flor, fuese la inmundicia
Materia muerta, putrefacta y fea,
La fuente de esta vida portentosa,
De esta vida caribe,
Que bajo el beso de la luz febea
Crece, sucumbe y otra vez recibe
La transfusión de savia vigorosa!

«Y esto es tan bello! Adoro estos enormes
Árboles que me hieren y me encantan!
¿Cómo duermen! Parece que meditan
Mientras sus copas inmenablemente agitan
Y sus ramas disformes,
Brazos alzados á implorar, levantan!
Sombras y estrellas á cantar invitan.
¿Si hasta parece que las fieras cantan!

«¿Cómo es solemne el bosque y misterioso!
Cómo es grande y sagrado!
El triste urutaú llora apenado
La ausencia de la luz—grito angustioso
Que el corazón aprieta
Como la garra de un pesar!

¡Oh amada
Selva enemiga! Te saluda el poeta
Que ama todo lo inmenso,
Todo lo que domina
Por el vigor de la pasión augusta!
Todo lo que halla nota en la robusta,
En la templada fibra del coraje!
Lo que jamás se dobla,
Ni se resigna á padecer, ni gime!

«Y aquí todo es magnífico y sublime!
Todo heroico y salvaje!

«Y todo me odia á mí! todo me oprime
Siento la selva entera
Lanzarse sobre mí, como una fiera!
Sobre la presa inermel...
Y parece que calla!...
Y parece que duerme!...
Me juzgará vencido por completo!
Juzgará terminada la batalla
Y aguardará, tan plácida y tranquila,
Á que la fiera de ávida pupila
Venga á mondar mi mísero esqueleto!

«La muerte no me aterra
No es siniestra su faz para los ojos
De un alma que no estima los despojos
De esta cárcel de tierra
Frágil y dolorida. No me espanta
La idea de morir en este bosque,
Sediento y solitario,
Victima de la noche rencorosa.
Se muere en un calvario,
Se acaba en una fosa
Y el destino es igual...»

«Pero mi vida
Tiene un objeto, y viviré!... Yo quiero
Vivir, porque mi lira está templada
Para los grandes cantos
De estos gigantes bosques infinitos!
Para llorar sus llantos!
Para gritar sus gritos!...
¡Quiero vivir! ¡Lo quiero!
Quiero encontrar la fórmula escondida
Del primer bien y del amor primero!
¡No resisto á morir, y no me muero,
Porque es esclava del valor la vida!...
Si hay llantos en el bosque,
Si hay cantos vagabundos,
Amantes, dolorosos,
Si hay en el aire gritos rencorosos
De muertos iracundos
Patriotas y feroces,

Que vengan y retumben en mi lira!
Ella canta de amor y de tristeza,
Sabe vibrar de patriotismo y de ira,
Tiene en su diapason todas las voces
Y fué en la fragua del dolor forjada!...

«Oh sueños de mi vida atormentada!
«Oh corona que punzas mi cabeza!
Dame que el genio domado maude
A la salvaje fuerza que lo abruma,
Y flote sobre el mal, como la espuma
Que flota en la ola tempestuosa y grande,
Y da también que tal como revienta
La ola bramando en la gigante roca,
Contra esta selva que al valor afrenta,
Con bárbaros fragores de tormenta
Revienten las canciones de mi boca!...

«El cuerpo no me ayuda...
La carne desfallece...
Pero el alma se eleva... me parece
Que anda más bien así, casi desnuda
Y con alas!... Pero antes que abandone
Su doloroso asilo,
Antes que el tenue y misterioso hilo
Con que Laquesis teje
La tela de las vidas

Se corte para mí, ¡quiero que me ame
Alguna planta de este bosque, y beba
Mi sangre fuerte con su savia nueva,
Esta mi sangre, ardiente como fuego!
Las plantas que reciben este riego
Darán por fruto los viriles cantos
De la selva, callada todavía;
Urajáis, guayacanes y ojia cantos
Se cubrirán de flores de poesía,
Cuyo perfume flotará en las ondas
Del hondo Plata y del Genil ligero!
Un perfume eucarístico! un perfume
Que empape el ala al septentrion, y zahume
Las crines de los petros del pampero!»

Dijo, y calló, doblando la cabeza
Sobre la fuerte lira

Con un vago quejido de tristeza,
Postrera sensación de los dolores
Que golpeaban su sien. Quedó tendido
En letargo mortal, junto á las flores,
Que no saben odiar. Pero su canto
No se perdió sin eco:
Resonando en los ámbitos del bosque,
De confín en confín, de hueco en hueco,
Llegó hasta el *curupí* donde dormía
La flor de la poesía,
La hermosa flor bravia,
La altiva Pasionaria!
La que gozó sus sensaciones sola,
La que cerró su virginal corola,
La amante solitaria!
La flor se despertó: toda temblando
Oyó el cantar muriente en la espesura,
Y un dulce arrobó de febril ternura
Dió fuerza y voz á su inocente amor.
Blando fué el canto de la flor, muy blando;
Cantó de amor la dulce Pasionaria;
Fué esta canción, más bien esta plegaria,
El canto de la flor:

MANUEL BERNÁRDEZ.

APUNTES PARA UN CANTO

AMERICA

I

La humanidad había luchado de una manera gigante, y haciendo una estación en su carrera, reparaba sus fuerzas en el reposo preparándose para nuevas batallas en la eterna cruzada del ideal.

Acababa de transformar la vieja civilización, había echado los cimientos de las nuevas nacionalidades, y al trazar las fronteras de cada pueblo creando nuevos organismos para la historia, preparaba lentamente los elementos de la lucha cuyas soluciones ocultaba aún densamente el velo del porvenir.

La vieja idea pagana sobre la divinidad, la antigua, la clásica ciencia: todo se había transformado lanzándose por otros rumbos bajo el irresistible dominio de aquella Edad Media, en que la vida intelectual toda en era se cobijaba bajo las bóvedas de los claustros sombríos.

II

La fe de Cristo había triunfado en todos los imperios surgidos del coloso romano derumbado.

La cruz redentora que había abierto sus brazos para cobijar bajo su sombra gigantesca á los desheredados de la tierra, se alzaba poderosa, indiscutible, sobre los tronos y los pueblos.

Ya no luchaba y vencía sólo con el mágico poder de la palabra de sus apóstoles divinos y con el ejemplo irresistible de la virtud defendida y practicada hasta el martirio. Ahora era también la espada la que combatía, la que derramaba la sangre en la lucha por la fe, la que proclamaba el dogma santo en los campos ardientes de batalla: era ella, la espada de los grandes emperadores de Occidente, que era ya también cristiana.

La esclava de ayer, perseguida y ensangrentada, habíase tornado en liberta primero para llegar á ser después soberana y despótica.

III

La esclavitud, sea cual fuere su bandera, es siempre esclavitud; la opresión, aun impuesta en nombre de la virtud y de la salvación, se torna siempre intolerable.

El espíritu oprimido no será dominado eternamente. Como las águilas, busca las cumbres donde llegan más pronto las claridades de la luz que avanza.

El espíritu humano oprimido soñaba con los tintes rosados de nuevas auroras, y en el interior de las viejas mazmorras forjaba las armas de nuevas luchas, ensayaba sus alas, y escribía el himno colosal de sus conquistas inmortales.

IV

Aquella tierra de Europa, calcinada por el fuego de tantas luchas, ensangrentada por tantos combates, no podía ser el campo de las nuevas batallas.

Era necesario otro teatro para los dramas que se elaboraban. La libertad, para surgir de nuevo, necesitaba un pedestal digno de ella, y Colón, como el mensajero profético de otras razas, arrebató sus secretos á las ondas, para arrojar ante los ojos del Universo admirado un mundo virgen y desconocido: América!

V

Así surgió con sus bosques seculares, con sus ríos espléndidos y grandiosos, con sus leyendas y sus hijos ignotos; y allí, en medio de todos los encantos de una naturaleza exuberante y rica, se confundieron los hijos de dos mundos, engendrando en ese consorcio fecundo un nuevo sér, germen de una nueva raza encargada de realizar aquella espléndida conquista de la libertad en todas sus formas, y que llevaba en su alma acumuladas todas las grandezas de cien generaciones triunfadoras y toda la fiera de una raza que, si no presentaba en su abono una historia de glorias y de triunfos, venía en cambio alentada por la energía entusiasta é indómita de su alma inocente y salvaje.

VI

En ese jardín del mundo arrancado á las ondas y el misterio, tras rudo y doloroso peregrinaje, tras combates sin cuento que honrarían el viejo valor latino, se alzó el templo de la democracia, y desde la cumbre de sus montañas gigantes se proclamó el dogma de la libertad, y en nombre de la igualdad y de la fraternidad sobre la tierra se abrió un asilo perdurable para los que sufren, para los desheredados de todos los pueblos, para los perseguidos de todas las razas que buscan aire para sus cuerpos abatidos, luz para sus ojos y su alma, culto libre para sus dioses perseguidos!

VII

Las luchas homéricas han pasado ya.
Los pueblos americanos sufren aún los

últimos sacudimientos de su Constitución definitiva, y sus indomables energías de ayer buscan donde ejercitarse en el amplio campo de dilatados horizontes, donde reina la industria, el comercio, el arte y la ciencia, que levantan y dignifican la actividad del hombre.

¿Hasta dónde llegará esa actividad?
¿Qué destinos reserva el futuro á estas jóvenes naciones de América?

¿Qué influencia ejercerán en el mundo estas colosales expansiones de un continente, en cuyo seno están aún inexplorados los gérmenes fecundos del progreso humano?

Problemas son estos cuya solución está confiada al porvenir; pero hay algo en la forma casi providencial de su descubrimiento, algo en ese desarrollo excepcional y único de las naciones que la constituyen, algo en la solución que en ella han tenido los más graves problemas políticos y sociales, que permite asegurar que el mundo de Colón será el glorioso palenque de colosales combates por ideales nuevos que aseguren el triunfo de otras civilizaciones que constituirán las conquistas del porvenir.

Octubre de 1892.

ABEL J. PÉREZ.

SOUVENIR

Sr. D. Daniel Martínez Vigil.
Muy Sr. mio y de mi aprecio:
Recuerdo que estoy en deuda con V., que se me vence el plazo señalado, y... saldo mi compromiso como se salda generalmente en los actuales tiempos, vale decir, tarde, muy tarde y en forma inadecuada.
Todo esto le convencerá á V., amable señor, de que yo no habito en los países que V. supone. Hágame V. el servicio de manifestar mis agradecimientos á sus compañeros, y miremo como su obsecuente S. S.
q. b. s. m.

JOAQUÍN DE SALTERAIN.

De aquellos tiempos en el alma quedan
Impresas las señales.
¿No es cierto que tu labio me perdona,
Si yo las vivifico en una frase?

.... Eras tú joven: la mejilla roja
Con el carmín de las primeras dudas;
El ademán, á mi capricho, dócil,
El rosicler del porvenir sin brumas.

Como los juncos, al morir la tarde
Se mueven reflejados en la orilla,
Movió mi corazón ese reflejo
Que hablaba en el rubor de tu pupila.

El rayo de la luz hirió la playa,
El eco de tu acento mis oídos,
Durmió la claridad en la llanura
Y el brillo de tus ojos en los míos.

Volaron esos tiempos con las noches
De amor, de juventud y de locura,
Y arrullan mi memoria con su acento
Como el soplo del céfiro al renufar.

La blanca gaviota hendiendo el aire
No deja de sus alas el diseño;
Las hojas de los lirios se marchitan,
Los ayes de las almas van al cielo.

Torna el jilguero á la movable rama,
El Álamo sus hojas reverdece,
Más diáfano se pinta el horizonte,
Vuelve la primavera... y tú no vuelves!

¡Imagen fugitiva del cariño!
¿Qué importa si te alejas y te pierdo,
Si habitas en el fondo de mi alma,
Si vives en la musa de mis versos?

JOAQUÍN DE SALTERAIN.

1888.

De Roberto Huneecus

Sr. Dr. D. Víctor Pérez Pettit.

Distinguido señor y amigo: en respuesta á su muy atenta de ti del que rige, me permito incluirlo una poesía que, aun cuando dista mucho de corresponder al honor que V. me anuncia, es, sin embargo, fruto del día, y el único trabajo inédito literario que hoy poseo en esta Capital.

Lo saluda su affmo. S. S. y amigo,

ROBERTO HUNECEUS,

Secretario de la Legación de Chile.

¡HOGAR!

Á LA SEÑORA J. L. DE B.

Al tierno lazo del afecto unida,
Vives en dulce y merecida aurora;
Vives del alma y del hogar la vida.

La luz del bien tus horizontes dora;
Tu esposo y tu hija, en su pasión, te ofrecen
El mundo ideal en que jamás se llora.

Tus puras manos, cariñosas, mecen
La barca azul en que tu hogar navega
Con proa al puerto en que las dichas crecen.

Tu sano y dulce corazón se entrega
A la noble emoción de la esperanza,
Que es luz que nunca á disiparse llega.

Envuelta en brumas de placer, se avanza
Tu barca al sitio en que el umbral del cielo
Desde la tierra á divisarse alcanza.

Para encumbrar de tu ventura el vuelo,
Te sobran, Julia, de tu hogar al lado,
Virtud, belleza, cofazón y anhelo.

Goza en tu hogar por el amor creado
Y por la luz de la ilusión mecido
Y por Gabriela angelical poblado.

Tú eres el ave de tu casto nido;
Tu esposo el brazo que le da existencia,
Y tu hija el sol de su calor querido.

Existe allí del porvenir la esencia,
Porque hay cerebro que le presta faro,
Y amor, que es siempre del hogar la ciencia.

Boga en tu barca mientras alumbra el claro
Y oculto sol providencial que brilla
Con lampos de oro, de salud y amparo.

Desde la abrupta y desgarrante orilla
Donde la muerte me estrelló en sus rocas
Salvando apenas de mí fe una astilla;

desde esta playa en que zozobro en locas
y negras barcas por un mar que tiene
tormentas muchas y bonanzas pocas;

desde este sitio en que á mostrarme vieno
tu hogar contento, de que no hay ventura
para el que su alma en soledad mantiene;

desde esta roca impenetrable, oscura,
en que anhelo escribir con mi recuerdo
la epopeya del llanto y la amargura;

desde el escombro en que del sol me pierdo,
al ver las dichas de tu hogar, me inclino
pidiendo á Dios... cuando de Dios me acuerdo,
que nunca amable tu feliz destino.

ROBERTO HUNECEUS.

El Regimiento número 9

Quando el reloj de la historia marcó la hora de la emancipación sud-americana, las colonias españolas fueron una á una sacudiéndose el dominio español y transformándose en pueblos libres, regidos por instituciones más en armonía con sus aspiraciones y sujetos á los principios consignados en el moderno credo democrático.

En toda la América Meridional hubo, con tal motivo, derramamiento de sangre, pues si los americanos luchaban con ardor por la independencia del continente, los españoles cumplían con su deber defendiendo con no menos bravura sus derechos á los vastos territorios que habían conquistado.

Aunque las alternativas fueron muchas, por fin la victoria coronó los esfuerzos de los que aspiraban á formarse nueva patria, y la batalla de Ayacucho, ganada por Sucre el 9 de diciembre de 1824, puso fin á la dominación española en la América continental.

«La historia militar—dice un escritor imparcial(1)—puede presentar ejemplos de batallas más sangrientas ó de ejércitos mejor organizados; pero jamás han existido tropas tan maniobradas como las de ambos ejércitos beligerantes en la penosa guerra del Perú. El de Bolívar, atravesando la América del Sud desde Caracas á Lima, para presentar la última batalla al ejército de la metrópoli; y éste, salvando los Andes una y cien veces para combatir con breves intervalos en los más distantes territorios, realizaron empresas que casi no se conciben conociendo la naturaleza del terreno; la falta de caminos y las inmensas dificultades materiales y políticas de la situación».

La Banda Oriental no fué de las últimas comarcas en sustraerse al movimiento separatista, y tras las batallas de las Piedras y del Cerrito, y después del largo sitio que sufrió Montevideo, su valeroso defensor D. Gaspar Vigodet tuvo que capitular entregando la plaza al general Alvear el día 22 de junio de 1814.

Pero si la lucha entre realistas y patriotas había concluido en la región del Plata, en cambio continuaba con ahínco y perseverancia en otros puntos del continente, particularmente en el Perú, donde la suerte de las armas se manifestaba indecisa.

Por esta razón, y aspirando los argenti-

(1) Extracto de la Historia del Perú, por don Nicolás Estévez, antiguo profesor del Ateneo de Madrid. París, 1859.

nos á prestar su decidido concurso á la causa americana, organizaron un ejército para pelear, desde las escarpadas cumbres de los Andes, en contra de las tropas españolas. De ese ejército formó parte el regimiento n.º 9, fuerte de dos batallones de 500 plazas, compuestos de orientales al mando del coronel D. Manuel Vicente Pagola, cuyos servicios en aquel territorio fueron tan eficaces, que de ellos hace especial mención D. Jose Rondeau, General en jefe del ejército del Perú, patentizando, en un documento oficial, la presencia de ánimo demostrada por Pagola en la desastrosa batalla de Sipe-Sipe, la rígida subordinación en que mantenía el cuerpo de su mando y el arrojo temerario de los soldados uruguayos.

El episodio siguiente, que registran todos los historiadores, corrobora las apreciaciones preinsertas.

El hecho de armas que hemos citado tocaba á su término; los españoles habían triunfado en Sipe-Sipe y Rondeau trataba únicamente de efectuar una retirada que, sobre costarle el menor número posible de vidas, fuese á la vez honrosa para las armas americanas; pero necesitaba un militar de su escuela y de sus bríos que hiciese frente á una ala del ejército enemigo, la cual envolvía gran parte de las huestes libertadoras, mientras que éstas se retiraban con armas y bagajes, ya que no con la gloriosa victoria, y ese militar fué el coronel Pagola, quien, una vez recibida la orden de sostener la retirada, detuvo su caballo y, encarándose con los suyos, les gritó:

—¡Alto... media vuelta... fuego!

Y mientras que los soldados orientales disparaban sus armas contra el enemigo, y recibían á balazos la impetuosa carga á la bayoneta de los españoles, y los gritos de guerra llenaban el espacio, y densas columnas de humo se formaban en la atmósfera, el ejército de los Andes se ponía en salvo, gracias á la intrepidez del coronel Pagola, á quien se debe que los vencedores detuviesen su persecución ante tan heroico comportamiento, y que los vencidos no quedasen todos sin vida sobre el campo de batalla.

ORESTES ARAÚJO.

¡Adelante!

Jovenes soldados del Ideal: adelante!

Cerrando el primer tomo de la REVISTA NACIONAL, habéis consolidado los cimientos de un hermoso edificio. Construido con abnegación, con fe, con constancia. Porque la carrera periodística está llena de contrariedades; fe en los grandes ideales de patria, progreso y libertad; constancia, porque ella es la palanca que facilita el triunfo de las nobles ideas. La falta de abnegación engendra el egoísmo, matador de todo entusiasmo; la carencia de fe empuja los horizontes radiantes del porvenir; la ausencia de constancia desarma desde su primera etapa al campeón del Ideal y le

hace abandonar su puesto honroso de combate.

Tened, pues, jóvenes Redactores de la REVISTA NACIONAL, abnegación, fe y constancia. Vuestro periódico llenará con entereza, altura y provecho la noble misión que os habéis impuesto.

Y vuestra Patria bendecirá vuestra obra.

LUIS DANIEL DESTEFFANIS.

Á la Redacción de la REVISTA NACIONAL

¿Por qué pedirme un pensamiento? ¿Habrá peras en los olmos acaso este año?

Lo único que puedo ofrecerles es la sincera expresión de una cordial y patriótica esperanza: la de verles mejores y más prudentes, más dichosos y más virtuosos que lo que fuimos nosotros.

La REVISTA NACIONAL es un buen principio de acción cívica. Al estudiar en ella el pasado, ustedes encontrarán en la historia de nuestros infortunios y errores muy provechosas lecciones que han de ayudarles en el cumplimiento de los grandes deberes que les esperan.

No exageren, sin embargo, la severidad en sus juicios. Los hombres fueron siempre más ignorantes que perversos.

J. G. BORON-DUBARD.

¿Por qué?

Sin contar con la autorización de su autora y merced á la infidencia de un amigo, publicamos la siguiente hermosa composición debida al estro de una de las más inteligentes poetisas nacionales.

Ha llegado el crepúsculo,
Se oscurecen las sombras,
Los ruidos, que se duermen, me parecen
Un arrullo lejano de palomas....

Vaguisimo, en el aire
Un perfume se siente,
Algo como un olor de flores muertas,
Algo que me entristece.

Silencio! se ha escuchado
Como un grito de ave:
Es que la luz va á disipar las sombras,
Es que la aurora nace!...

La mañana es espléndida,
En colores y en luz todo florece....
Y ahora, me pregunto,
¿Por qué no estoy alegre?

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA.

PRETERITAS

Si todos los encantos que atesoras
En un solo prestigio se sumaran,
Y á las gracias humanas, como al genio,
La admiración estatuas levantara,

—Miserio premio
Para tus gracias!—
El pedestal más alto de la tierra
Tu símbolo de gloria sustentara....

No extraño que aun al verme en tus pupilas,
Como llama de amor, brille una llama....
Fuego fatuo que exhala el amor muerto
Que llevas en tu alma!...

Te casaste por fin, y torpemente
Juzgas que has rescatado,
Al precio humilde de tu honor presente,
Todas las ignominias del pasado!...

¿Quién sospecha la bóveda sombría
Al través de la atmósfera azulada?...
¿Quién al través de tus pupilas límpidas
Penetra los abismos de tu alma?....

GUILLERMO E. RODRIGUEZ.

EN UN ÁLBUM

Á Carmen Muñoz Romarate.

Era una noche que olvidarla cuesta!...
El adorable grupo de mujeres
que incitan al amor y á los placeres,
daba más tono á la brillante fiesta.

Pero entre aquella atmósfera, poblada
de luces, de perfumes y alegrías,
cuando se piensa en la mujer soñada
y en la promesa de mejores días,

algo faltaba. El armonioso trino
de humanoruiseñor de las praderas,
del arte magistral, arte divino,
aquel de las eternas primaveras,

de pronto se escuchó. Todo el tesoro
de tu voz derrochaste sin cuidado,
y tanto logra una garganta de oro,
que el auditorio se quedó extasiado!

RICARDO SÁNCHEZ.

SORPRESA DE AMOR

Ninguna mujer se atreve,
sin motivo, á negarse
al amor. Nada más natural
que ceder.

BALZAC.

Era en pleno verano. El sol en el cenit descargaba implacable la lluvia ardiente de sus rayos de oro, y la tierra abierta en estrechas y profundas grietas bajo la alfombra agostada de los pastos maduros, se defendía de aquel fuego invasor irradiándolo á su vez sobre la atmósfera. Los campos yacían en silencio por aquella hora de la siesta, y hasta la brisa, temerosa de inflamarse, se había refugiado toda, allá en el hemisferio de las sombras.

La naturaleza estaba quieta por plétora de vida, no quería manifestarse por miedo de estallar si abría la válvula de su tumultuaria efervescencia, y sólo la cigarra dejaba oír su canto estridente que parecía un him-

no franco y triunfal, entonado en loor de los amores eternos.

Hacia dos días que no la veía, dos largos días de sombra para mi espíritu joven y enamorado.

Además, habíamos hecho juramento de no volvernos á ver, y aquello me iba pareciendo verdadero después de las veinticuatro horas transcurridas, pesando sobre mí aún más que el bochorno de tan caliginoso día.

¡No volverla á ver!... ¡Imposible! Y sin esperar más, temeroso de que se convirtiera en realidad aquel fugaz propósito, concebido en un momento de arrebatado enojo, como si toda mi dicha hubiese dependido de su destrucción, en aquel mismo instante me lancé al camino desafiando el fuego de la tierra, de la atmósfera y del sol que ardía en medio de un cielo azul é infinito.

Cuando llegué á la verja del jardín, el silencio de toda aquella vida parecía haber aumentado, y sólo Top salió á recibirme tranquilo, lamiéndose la punta del hocico y saludándome familiarmente con la cola.

Luego de acariciar la noble cabeza de este buen amigo, y de ver cómo se estiraba jadeante, á la sombra de un pino corpulento, continué hasta la escalinata de la coqueta casita que se escondía entre flores y naranjos, como un misterioso nido de amor.

Ella estaba allí y no me esperaba. ¿Me admitiría ó me rechazaría? ¿Mi presencia produciría una impresión agradable, ó sería una contrariedad enojosa? ¡La emoción me ahogaba en aquel momento!

Como no había sido visto por nadie, quise sorprenderla y entré al tocador: salita que separaba su alcoba del patio, sombreado por espesos zarzos y madresevas en flor.

Fué tan deliciosa la sensación de frescura que sentí al penetrar en aquella perfumada habitación, impregnada toda de su fragancia querida, y obscurecida misteriosamente como un lugar sagrado por elegantes stores caídos delante de las puertas, que me detuve un instante para aspirar con delicia las suaves aromas de su cuerpo que inundaban el aire.

¡Cómo se vive en semejantes momentos!

Ya me había secado la frente sudorosa y compuesto el naciente bigote frente á un espejito chinésco de tres cuerpos que pendía sobre una consola cargada de flores; ya me había determinado á entrar conteniendo las palpitations violentas del corazón que parecía querer traicionarme denunciando mi presencia con sus latidos; y sin embargo no me resolvía, y permanecía anhelante é indeciso ante el divino misterio de aquella alcoba de virgen.

¿Qué haría? ¿Entraría sin anunciarme, ó me anunciaría sin entrar?

Á lo primero me impulsaba todo mi cariño y mis deseos, más ardientes aún que aquel ardiente día de enero, y lo segundo me lo aconsejaba confusamente mi razón, débil y pobrísima mentora para luchar contra los amorosos arrebatos de mis veinte años.

Mi indecisión aumentaba por momentos, y los nervios, horriblemente distendidos, me hacían temblar como un azogado. Tan luego me acercaba hasta tocar el pestillo de la puerta, como retrocedía en puntillas de pie, temeroso de hacer una inconveniencia con aquel acto. Luego, en el afán de saber si en rigor no había motivo para tanta duda, traté de mirar por el ojo de la llave; pero en su cuarto no había casi luz.

Tanto llegó á fatigarme aquel exceso de vida que temí desfallecer si no ponía término á la angustia que me producía.

Hubo momento en que me sentí cansado, pensandoirme cobardemente, sin realizar mi intento.

En efecto, corrí hacia fuera, resuelto á desistir de la emocionante empresa; pero en el acto, algo como una oleada de sangre invadió mi cuerpo, y un estremecimiento indescriptible me recorrió la espina dorsal como si en toda su extensión hubiese estado sometida al ligero contacto de dedos invisibles.

Entonces, reaccionando con todo el fuego de mis años, me decidí, y abriendo impetuosamente la puerta, di un paso hacia el interior de su alcoba, cerrándola sin volverme.

Quedé mudo é inmóvil, presa de una intraducible emoción que aún me embarga al recordar aquella escena!

Ella estaba de pie junto á su lavatorio, desnuda hasta medio cuerpo, lavándose con agua perfumada. La camisa le caía hasta la cintura buscando apoyo en la pronunciada curva de sus cadéras, y llevaba recogidos sus abundantes cabellos en lo alto de la cabeza, por una cinta rosa que dejaba escapar algunas hebras onduladas, como para que resaltase más la blancura mate de su torneada garganta. Un humito tenue, un vapor transparente y ligero se desprendía de su cuerpo, producido por la vaporización del agua al contacto de su cutis ardiente, mientras pequeñas gotas cristalinas caían, una á una, de los imperceptibles botoncitos de rosa que coronaban las suaves pendientes de sus senos virginales.

Ahogó un grito al verme, y bajo el raso finísimo de su cutis sonrosado, se adivinaban los bruscos movimientos de su sangre joven, corriendo en alacodo torbellino por las venas azuladas. Con un adorable y pudoroso gesto cruzó los mórbidos brazos sobre el seno, y abrió desmesuradamente sus ojos garzos, que me miraban con sorpresa y asombro.

¡Qué divina estaba!

¡Quisiera tener el genio de Miguel Ángel para traducirla al mármol tal como la conserva mi amorosa fantasía!

Mi súbita aparición le produjo tal terror, presintiendo tal vez el desenlace de aquella escena, que permaneció inmóvil, sobrecogida de espanto, ante la evidencia de su destino que la impulsaba repentinamente, por sorpresa, al sacrificio de su cuerpo en holocausto á la continuación perpetua de la vida, en marcha siempre hacia sus ignorados fines.

Intentó nuevamente gritar, se debatió un instante en el afán de formular una protesta, pero las palabras no encontraban sa-

lida, estrellándose contra el nudo que la emoción había echado en su garganta. Sólo después de la momentánea cuanto hipócrita lucha interna entre las convenciones y los impulsos naturales, como el resultado de todos sus esfuerzos, inconscientemente blandos, por huir lo que deseaba, loca, logró decirme: —Vete! Pero con la punta de los labios, débil, desfalleciente, indecisa, pues mientras él no bajaba de la cabeza, ansioso y alocado, como la desesperada resultante de sus últimas tentativas de defensa, el sí subía del corazón, impulsado con violencia por los golpes tumultuosos de su sangre ardiente, y se reflejaba en sus ojos, velados con forzada coquetería, como para que no leyera en ellos el voto de su sér, sumiso en aquel momento al imperioso mandato de la naturaleza triunfante.

Yo no me había movido, ni siquiera los labios había desplegado, absorto, sobrecogido á mi vez ante el espectáculo indescriptible que se ofrecía á mi vista, invadido por un sentimiento de beatitud religiosa, de gratitud inmensa hacia la vida que me ofrecía la ocasión de aquel sacrificio en el altar del amor dominante y eterno.

Pero mi inmovilidad y mi mutismo eran tan elocuentes, encerraban tanta persuasión, tanto delirante ruego, que la habían convencido.

Se oían palpar nuestros corazones batiendo aceleradamente, y como una especie de fluido magnético, irresistible, nos atraía, nos arrancaba de nuestros puestos para confundirnos en uno.

Era ese algo misterioso y extraño, esa fuerza prodigiosa y eterna que, por encima de todos los convencionalismos sociales, se impone y lanza á las criaturas humanas al cumplimiento del objeto para que han sido creadas.

Y en la alcoba obscurecida y silenciosa, como aislada del mundo por el misterio de su pureza, el sol se filtraba en espigas de luz por las rendijas de la ventana, mientras los amores diminutos, pero infinitos, danzaban su danza magistral al compás de acordes imperceptibles.

Mi vista cegó repentinamente para los objetos que me rodeaban, impresionándome tan sólo la vaga visión de formas azuladas que, girando en torno mío con rapidez vertiginosa, estrechaban cada vez más su círculo.

Luego sentí un brusco sacudimiento, una impulsión violenta y repentina, y caí en sus brazos adorables, despertando de mi letargo con mis labios entre los suyos de fuego

Y mientras tanto, el sol declinaba pausadamente sin disminuir sus implacables ardores, los pájaros aleteaban, piando ocultos entre el follaje, y en el jardín se perseguían las mariposas volando de flor en flor.

Se arrullaban las palomas á lo lejos, irguiendo su tornasolado cuello sobre el blanco nido, fermentaban los granos en el seno pródigo de la madre tierra, surgiendo á la vida en verdes retoños, y mientras la brisa

volvía, cargando en sus alas invisibles el polen fecundante, la incansable cigarra hería el aire con su agudo canto; entonado como un himno triunfal en loor de los amores eternos.

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA.

HARMONIAS

¡Dichosas las mujeres que inspiraron
los amores eternos;
que en un alma leal, la pira santa
para siempre encendieron;
que a su paso fugaz por este mundo,
que dejaron en duelo,
grabaron con carácter indeleble
la cifra del recuerdo;
que a su vida feliz, las ilusiones
blancas sobrevivieron;
que el amor siguió hallando hasta en su tumba
el combustible eterno!

Ah! no importa morir cuando se sigue
viviendo en otro pecho,
cuando se agita nuestra propia idea
en otro pensamiento!

Ah! no importa morir, pues ¿qué es la vida,
que tanto la queremos?
Un pasaje obligado sobre abismos,
un obscuro misterio!...

Así como el espectro luminoso
emite el rayo azul
para dar el color verde a las plantas,
pálidas sin su luz,
el rayo verde de tus ojos bellos
en mi alma penetró,
y las horas grisáceas de mis penas
azules las volvió.

En ondas de ternura remontaba
mi corazón, por fin, su raudal vuelo:
era casi feliz, pues vislumbraba
la escala del amor que lleva al cielo.

Mas la duda traidora que aniquila
llegó a entrar en tu pecho, disfrazada,
y sin quererlo heriste en mi pupila
el alma que a buscarte se asomaba.

Tu alma está triste como los nimbos
que anuncian siempre la tempestad;
no es que la sienta llegar rugiente,
pues ha pasado por tu alma ya!

Tu alma está obscura como los ríos
que agita el ala del huracán;
no es que sus olas vayan a alzarse,
porque pasaron sus olas ya!

Tu alma está mustia como las plantas
bajo el azote del vendabal;
no es que sus flores estén muriendo,
pues sólo espinas le quedan ya!

ADRIANA CASTELL.

La Cruz y el pararrayos

¿Quién le dijera a la piadosa enseña
Calada allí en las cúpulas soberbias
De las viejas altivas catedrales,
Con los brazos abiertos, protegiendo
Del rayo destructor las colosales
Moles, de la Fe albergue y del misterio,
Que al correr de los siglos otro emblema
Engendro de la Ciencia, como ella
Lo era de la Fe, su misma huella
Había de pisar; su propio imperio
Tocábale invadir, y reemplazarla
En tan augusto excelso ministerio!

Durante quince siglos ella sola
Negra, rústica, erguida, remataba
La cúspide del alto campanario,
Sin otra vecindad ni compañía
Que el fatigado haleón cuando llegaba
A reponer su aliento consumido
En continuas rapiñas, y, atrevido,
Sobre sus férreos brazos se posaba.

Allí estuvo de pie tantas centurias
Cual cauteloso impávido vigía
Que desde su eminencia dominara
Del panorama hasta el confin remoto:
El yermo otero, la montaña umbría,
El ancho valle, el escondido soto
De donde envuelta en apiñado nimbus,
Como quien en la sombra se prepara,
Surgir la fiera tempestad podría
Que su altivez y asiento amenazara.

Cuando tal, por acaso, sucedía,
Lanzaban sus heraldos las campanas
Al aire los más lúgubres tañidos
Como piadoso previsor aviso
Dirigido a las greyes cristianas
De que elevar a Dios era preciso,
Con el fervor que la piedad inspira,
Desde el templo sus ruegos y sus preces
Con el fin de calmar su justa ira.

Quizás haya quien crea que es mentira;
Mas, lo juro, ha pasado algunas veces
Que estando lleno el templo sacrosanto,
En medio de fortísima tormenta,
De fieles, salmos, súplicas y espanto,
Una chispa cruel, sin hacer caso
De cuanto en torno ocurre, al fin revienta
Cual animada de alevoso intento,
Y aplasta con tremendo coletazo
La mole secular del monumento.

De ahí seguramente se deriva
Que en estos tiempos de tibieza y duda
Hasta el templo de Dios, do está más viva
La llama de la Fe, también se escuda
Con ese aborto de la humana ciencia,
Prescindiendo de sí su procedencia
Es judaica, budista ó protestante.
Todo lo cual bien pone en evidencia
Que un algo nos empuja hacia adelante,
Y que, Dios mediante, entre los hombres
Ya no ha de haber más riñas ni camorras
Por cuestiones de credo ó dogmatismo,
Desde que está admitido el aforismo
De *fiate en la virgen y no corras*.

Verdad evidenciada por el hecho
De que de todo y todos a despecho
Veamos sin recelo ni cjeriza,
Allí encima de la última cornisa,
Juntos y amigos como dos tocayos
Al lado de la Cruz el pararrayos.

TOMÁS CLARAMUNT.

El campo de batalla

ACUARELAS URUGUAYAS

Era una tarde de diciembre cálida,
Tarde de luz y vida,
Tarde de aquellas en que el cielo hermoso
A la tierra querida
Inclinarse parece fervoroso,
Cual pidiéndole el ósculo aromado
Con el perfume de árboles y flores,
Antes que el día con su sol se ausente,
Y las tinieblas corran a velarle
Su deliciosa frente.

Seguía yo una senda
Por la margen de arroyo cristalino,
Que una verde cuchilla separaba
De extenso valle, inapreciable prenda
De un viejo labrador que lo habitaba;
Pero tal cuadro se ofreció a mis ojos,
Tal cuadro de abundancia,
Que a mi caballo dándole otra ruta,
Y rozando mis pies dorada espiga,
Del campesino me acerqué a la estancia.

Moraban en el rancho
Él y dos hijos y la vieja esposa;
Y sobre el tronco del ombú gigante,
Bajo su sombra fresca y rumorosa,
Los hallé recostados,
Cual si la lucha con la madre tierra
Los hubiera vencido fatigados.

—¿Tan temprano, les dije, y ya los bueyes
Y la azada dejasteis con pereza?

—Esperamos, señor, me respondieron,
Que venga a nuestro hogar esa riqueza;
Y, al señalarme del trigal el oro,
Pude ver rebrillando en sus miradas
La victoria envidiable
De penosas fatigas,
El orgullo del hombre
Que debe a su sudor y al Dios del cielo
El pan de su familia,
Premio de sus tareas y su anhelo.

Apeeme, y tomando
Asiento en la raíz del ombú hermoso,
Gala de las cuchillas,
Moviente cuadro contemplé dichoso,
Do pintaban, grandiosas y sencillas,
El trabajo y natura maravillas.

Todo en descanso dulce
Reposa ante mis ojos:
El arado y el yugo recostados
Al cerco de altos postes,
De verdes ramas por do quier brotados,
Jornaleros parecen contemplando
Su labor convertida
En el grande trigal, que va corriendo
Del rancho hasta el arroyo
En oleadas graciosas,
Y vuelve luego a remontar el llano
Como a inundar en su corriente de oro
La casa del paisano.

Allá, cerca del horno
Que envuelve en panes la dorada espiga,
Yacen azadas, picos y rastrillos
Sobre alfombra de trébol y de ortiga,
Como obreros sudados que se duermen
Rendidos de fatiga.

Más lejos pastan los humildes bueyes
La gorda yerba que los valles crían.
Libre del yugo la cerviz callosa
Levántanla, y envían
Al trigal opulento sus miradas;
Ellos la vida a los arados dieron,
Ellos la tierra con paciencia abrieron,
Y son matas de trigo sus pisadas.

Brillantes y filosas
Se ven las hoces, las voraces hoces,
Que, en la parda pared do están pendientes,
Semejan arcos de acerada luna;
Allí aguardan con celo
Del hábil segador las diestras manos
Para cubrir con golpes inhumanos
De espigas muertas el quemante suelo.

En cenicientas nubes apiñadas
Cruzan y cruzan como raudas flechas
Las torcaces palomas;
Ya los sauzales arrullantes cubren,
Ya envuelven luego a las vecinas lomas,
Ya pónsanse alrededor del mar de granos
Con exigente arrojo,
Como pidiendo la anhelada siega
Que debe darles el feraz rastrojo.

Allá, en la verde altura
De la cuchilla, que coronan bellos
Ombúes corpulentos,
Se ve la estancia, cual feudal castillo,
Con sus pardas paredes,
Sus ranchos de totora amarillentos,
Sus palenques de tala y espinillo;
Y llegan a mi oído
De los baguales el relincho ardiente,
El canto de los gallos,
De los mastines el ladrar furiente,
De la oveja el balido,
Y del toro enclenado
El profundo mujido.

Contemplando este cuadro
De paz y de abundancia,
Y aspirando dichoso
De los pastos y flores la fragancia,
Olvidaba las horas;
Pero el ombú, con su gigante sombra,
Que más y más sobre el trigal tendía,
Me advirtió que muy pronto
El Sol tras las cuchillas se hundiría.

Entre tanto la guerra,
Que muchas veces desgarrado había
El seno de la patria,
Volvió a lanzarse con su furia impía
Sobre los campos que la paz mimaba;
É iracunda flameando la bandera
A cuya sombra destrucción germina,
Con rojizas miradas
Lo grande y bueno a su pasar fulmina.

Una vez más cruzaron la campaña
Los activos lanceros,
Buscando en los hogares
De aflictos labradores y estancieros
La juventud, promesa bendecida,
Para lanzarla en el voraz incendio
De la negra discordia maldecida.

Una vez más el humo de batallas
El perfume cubrió de nuestros pastos
Con nauseabundo ambiente,
El tonante cañón agitó el seno
De la madre uruguaya,
Fermó la sangre repelente ceno

En el valle y en la altura,
Y en las puertas revecinaron de la patria
Miseria y amargura.

Era una tarde de diciembre cálida,
Tarde triste y y soledad,
Tarde de aquellas en que obscuro el cielo
A la tierra pausada
Querer cubrir con sus espigas de duelo.

Cruzaban por el aire,
Como siniestras y monstruosas aves,
Plomizas nubes, sucintas y pesadas,
Y en lejano horror zumbaban,
Cual suspiros de hogueras sofocadas,
Los rojizes relámpagos hendían
Negro muro de nieblas apiñadas.

Seguía yo la senda,
Aquella misma que unos días antes
Me condujera al valle
En que dulzura y paz por ellos instantes
Hicieron gozar, ¡¡ ¡ay! anhelando
Saber la suerte del trigal hermoso
Y la de aquel hogar, que al contemplarlo,
Sentíase dichoso.

¿No es éste aquí el camino?...
¿No es aquél el sendero que costaba
El cristalino arroyo serpenteado,
Límite de la estancia en la cuchilla
Y del extenso valle cultivado?
Sí, que lo es; mas una poder cruento
Posó su plantata aleva
En estos sitios do rarió el contento.

Las antes aguas puras
Corriente son de repentinamente lodo;
Magullada do quierera la gramilla
Que marco fué vistoso el sendero,
Verde alfombra pareciera, desgarrada
Por el tigre feroz, ó el hormiguero.

De mil caballos losos pesados caseros
Han impreso sus huellas
En los dominios del llano hermoso,
Han roto sus jujumales,
Han revuelto doquier sus arenales,
Que eran un día delicias playas,
Do posaban sedientas las palomas
Para volver alegres
Al cardal de las lomas.

Ramas de sarandí, de sauce y molle,
De sus troncos rasgadas,
Cubren el campo, secacas, destrozadas,
Y parece que gritan
Los árboles marchitos
Por las blancas estrididas
Que infirió el sable ó el facón malditos.

Alcé la vista hacia al grande estancia
Que la vecina altura coronaba;
Me pareció sepulcro con breado
Por sus tristes sombras,
De silencio y tristeza dominado.
Ni un eco, por ni más leve,
Que anunciase la vida;
Sin techos sus galpones,
Sin humo su cocina,
Sin sombra su estancada,
Derribado el pallero,
Y de osamentas rojas rodeada.
La querida mansión ó del estanciero,
Solitaria y ruinosa,
Era cual nido de afligido hombre
Que la centella parte a tragosa.

Desiertas las cuchillas,
No retozaba el potrero en la manada,
Ni la oveja pacía en las laderas,
Ni rebrillaba el toro de gordura
Enamoraba altivo las terneras.

Por hondos surcos de quemante arado
Estaba el campo por do quier cruzado,
Y en algunos veíase redonda,
Negra la bala, como inicu fruto
Del que siembra en la patria la cizaña
De ambiciones voraces y odio bruto.

Allá a lo lejos se mostraba a veces
Cauteloso venado,
Que erguía astuto su cabeza airosa;
Mas recordando lo que allí pasara
En hora sanguinosa,
Golpeaba el suelo con temblante mano,
Sacudía la frente,
Y, nervioso, buscaba oculto bajo
En carrera furente.

Marché adelante, y pronto mi caballo
Detuve en la llanura,
Antes cubierta del trigal dorado,
Cuya espiga pesada, ya madura,
Doblábase rendida
Hacia la tierra que le diera vida.

¡Qué cuadro desastroso
Se presentó a mi vista!
En lago inmenso de aguas enlutadas
Convertida creí la cementera
Que el incendio voraz de la batalla
A ceniciento polvo redujera;
Y, allá, en el centro del horrible cuadro,
El funesto cañón yacía tendido,
Cual un monstruo que, luego de saciado,
Sobre su misma presa cae dormido.

Busqué los ranchos, los felices ranchos
Do esperaban guardar los labradores
Del trigal la abundancia,
Premio de sus afanes y sudores,
Y sólo vi, gigante y solitario,
Columpiándose triste entre los negros
Restos de aquel hogar, el corpulento
Melancólico ombú, de cuyas ramas
Partía quejoso funeral lamento.

Dolor profundo desgarró mi alma;
Creí escuchar los ecos de la guerra,
Del cañón el estruendo,
El silbido de balas y metralla,
Y pensé que en mi tierra,
Allí do estubo un campo de batalla,
Encontráremos siempre
Una estancia en ruinas y robada,
Ó alguna cementera
Por la pólvora inicu devorada.

RAMÓN DE SANTIAGO.

1865.

MENÉNDEZ PELAYO

Y
nuestros poetas

Hablaba Figaro de las traducciones de comedias, y concluía, después de enumerar las condiciones exigibles a quienes en tal empresa literaria se aventuran: «Todo esto se necesita, y algo más, para traducir una comedia,—se entiende, bien—porque para traducirla mal no se necesita más que

atreimiento y diccionario.» «Por lo regular el que tiene que servirse del segundo, agregaba con su habitual donaire el grande escritor, no anda escaso del primero.»

Labor equiparable á la de las traducciones literarias se me antoja en gran parte la de las colecciones y antologías, por la aparente facilidad con que disimulan á los ojos de los inexpertos las dificultades que deberían hacerla tarea reservada á la pericia de los doctos.

Cuando á un criterio escaso ó inseguro se deben; cuando no van guiadas por un propósito fecundo y no son precedidas por la labor que imponen la investigación, el método, la crítica, sólo pueden ser útiles las compilaciones literarias para servir de amparo y refugio al entendimiento que, incapaz de crear, ha de contentarse con las apariencias materiales de haber creado.— Cuando hay una idea, cuando hay un orden que guíe la elección, y que hagan de ella en todo caso la sentencia de un proceso de crítica, adquieren las compilaciones la dignidad de las obras singularmente serias y fecundas y representan como una definitiva sanción del juicio literario respecto á los autores y las obras que admiten.

En el caso primero, puede bastar para la tarea del colector con la habilidad del Cortadillo de Cervantes, cuya ciencia y oficio eran los de *cortar muy delicadamente de tijera*,—y puede bien suplir á la ausencia del criterio y el gusto, el atrevimiento que Figaro asociaba al diccionario de los traductores.—En el segundo caso, supone la antología una preparación y un pleno dominio de aquel campo donde se han espigado los modelos que ofrece, que casi autorizarían al colector para escribir la crítica y la historia de la literatura ó el período literario cuyos frutos ha aspirado á seleccionar.

Del antologista á quien no impulsan otros móviles que propósito iliterario del lucro, ó simplemente las tendencias de nuestro moderno prurito de publicidad y la ambición inocente de ver campear su nombre en la portada de un libro, al hombre de talento que, semejante en este acto de altruismo literario al traductor de buena ley, pone todas las fuerzas del propio espíritu en la obra de revelar, realzar y difundir ejecutorias de la nobleza ajena, va la distancia que media de don José Domingo Cortés á Marcelino Menéndez y Pelayo.

Una selección de poesías, que en manos del colector del primer orden resulta facilísimo empeño, porque es labor puramente mecánica, obra oscura, es materia de la más noble labor intelectual entendida como dentro de la poesía de nuestra habla la entendieron Fernando Wolf y Manuel José Quintana, Agustín Durán y Bohl de Fáber, Eugenio de Ochoa y Juan María Gutiérrez.

Conciliar con las exigencias de la representación harmónica y total de todos los estilos y tendencias, y la sujeción á un método histórico, las imposiciones imprescriptibles del buen gusto; hacer que se destaque, por elección de los ejemplos, la nota propia y personal de cada autor; dar fiel idea del tránsito de una á otra época ó escuela literaria; lograr, en fin, que de la armonía del conjunto resulte, claro y distinto, el traslado

de determinada manifestación de literatura dentro del límite que en el espacio y el tiempo se ha trazado: todas estas cosas debe proponerse el autor de Antologías que quiera hacer de su obra algo más que un libro de lectura y deleite ó una acumulación inorgánica, y todas debe obtenerlas para que ella constituya en verdad, según exige el propio autor de la que va á ser objeto de esta crítica, trabajo previo y poderosísimo auxiliar en la historia de una literatura.

Sugiérenos estas consideraciones la aparición de un nuevo tomo de la Antología de líricos americanos que publica, bajo los auspicios de la Academia Española, el sabio historiador de las Ideas Estéticas.—Ofrece para nosotros este cuarto tomo, con el que llega á su término la colección, el interés de hallarse en él comprendida la parte reservada á los poetas de nuestra nacionalidad en ese vasto *Cancionero* de América.

Pasemos á exponer nuestras impresiones de su lectura.

La historia de nuestra poesía nacional ofrece, en sus orígenes, un valor expresivo del carácter y la constitución social de nuestro pueblo de entonces, que no es cosa fácil hallar, por aquel tiempo, en otros pueblos de América.—Hidalgo y Figueroa comparten la personificación de nuestro más remoto pasado literario, significando admirablemente, en su espíritu y su obra, con exactitud que les imprime carácter de *personajes representativos*, como diría el autor de *Los Héroes*, la interesante dualidad de la sociedad del tiempo en que actuaron.

El autor del «Diario del sitio» dió expresión á las últimas resistencias del espíritu urbano y español; espíritu que dejó para siempre en su poesía, como un sello imborrable, la impresión de la vida trivial, humilde, prosaica, sometida á un ritmo lento y monótono, del centro colonial; así como en la arquitectura risueña y sencilla de sus versos pareció reflejar más tarde, el viejo poeta del himno, un poco del aspecto de la ciudad cuya crónica de cincuenta años palpita pintoresca y animada en su producción constante y fecundísima.—Hidalgo, en tanto, creaba la forma en la que hubiera podido cantarse la «epopeya de la montañera».—Merced á él, además de llevar la representación de las aspiraciones democráticas y de los instintos indómitos del pueblo por nuestro modo de colaboración en el drama revolucionario, fuimos también demócratas, plebeyos, en literatura.—La tradición de Artigas, el recuerdo de los montañeros que habían inoculado la sangre bravía del desierto al organismo de Mayo, pueden bien enlazarse con los coloquios de los gauchos que Hidalgo hacía platicar en su lenguaje ingenuo sobre las cosas de ciudad; á la manera como el clasicismo solemne y majestuoso de Luca y de Varela armonizaba cumplidamente con la cultura de la época de organización que empieza en 1821 y representaba, con sus tendencias á un elevado magisterio social, como la poética consagración de la política de Rivadavia.

Uno y otro, el poeta modelado en el espíritu de la sociedad colonial y el poeta de

la libertad de las cuchillas, aparecen, en la introducción del libro que me ocupa, relativamente bien comprendidos y juzgados.

La fisonomía picaresca y vivaz de Figueroa, que así en lo intelectual como en lo físico recuerdan motivadamente al colector la de D. Manuel Bretón de los Herreros; su destreza incomparable de versificador; su optimismo regocijado é ingenuo, su vena abundantísima, encuentran la más justa y acertada expresión en el análisis, tan breve como sustancioso, de que se hace objeto á su personalidad literaria.—Sólo como poeta sagrado me parece que se le elogia con tibieza.—En cuanto á Hidalgo, las dificultades que poesía tan llena como la suya del alma de determinada parcialidad humana, tan apegada á los ápices del localismo, ofrece para la inteligencia plena de sus versos por todos aquellos que no los reconocan como la expresión de algo propio,—ó de algo, por lo menos, que duerme en las reconditeces de su naturaleza moral, como un vestigio atávico, y se despierta obediente á la áspera evocación de aquellos versos rudos—explican bien la insuficiencia y la fugacidad del juicio que se le consagra.—A pesar de ello, la poesía gauchesca es apreciada por el crítico en su fresco sabor de naturalidad, en su sencillez agreste y hermosa, en su sentimiento á veces profundo; y el *Fausto* de Del Campo y el *Martín Fierro* de Hernández, de los que se habla en la sección argentina, son presentados con casi todos los encañecimientos que esas felicísimas invenciones merecen.

De las páginas concedidas á Hidalgo y Figueroa se pasa en la colección á las que exhiben la dulce y candorosa poesía de Adolfo Berro, representante entre nosotros del advenimiento de la época literaria que tuvo el romanticismo por carácter y escuela, y por impulso la presencia de la emigración argentina que incorporó á nuestra cultura naciente las fuerzas de su espíritu, encerrando, durante cerca de tres lustros, el brillo y la animación de una intelectualidad de resplandores atenienses en el marco de bronce de una acción espartana.

Opino que las composiciones de Adolfo Berro que se incluyen en la colección han sido elegidas con acierto, y me parecen igualmente atinados la presentación y el juicio del autor.—«Fué, más que un poeta, la esperanza de un poeta.» Sería imposible concretar la justa apreciación de su personalidad en menos palabras.—Pero el nombre y la obra del piadoso cantor de todos los miserables y todos los irredimidos, no tienen nada que temer de estas veracidades saludables del juicio póstumo.—Siempre ha de admirarse en él la flor del ingenio noblemente orientado y tempranamente marchito, y hay, además, en su concepto del arte y en su forma, condiciones que nunca merecerán ser olvidadas.—La sencillez y el candor,—los dos caracteres de la expresión y el sentimiento que reflejan en su poesía la imagen de un espíritu á quien sería dado definir con cierto austero apotegma de la juventud de Víctor Hugo: *El poeta como el orador es vir bonus*—pueden señalarse por ejemplo oportuno en nuestros tiempos y sin abrigar el temor de

que haya nadie que se sienta impulsado, como lo fué alguna vez el pobre poeta «que vió llegar las sombras de su noche en el albor del día», á los extremos infantiles de la ingenuidad.

Nuestra tentación, desde que el autor de la *Atlántida* desplegó sobre nuestro espíritu, ya de suyo inclinado á todas las opulencias de la forma y el color, la audacia fascinadora de sus vuelos, suele ser la afectación declamatoria, la hojarasca brillante, el alarde inmoderado de fuerza, á menudo puramente retórica y ficticia, lo que llamó Argensola «el lullaje ambicioso del ornato».—La artificiosidad decadente ha vertido, además, en nuestro vaso aun no bien cincelado por el tiempo, algunas gotas del filtro mágico y sobreexcitador que viejos pueblos beben en copa bizantina: trabajada.—Conviene que hagamos aspirar, de vez en cuando, á nuestro espíritu, la dulce serenidad, los aires puros, las fragancias agrestes, que van siendo de día en día más extraños á nuestro medio intelectual. Adolfo Berro, cuya mente de poeta no ha de estimarse por el valor de su obra realizada, á la manera como no se enaltece el nombre de Elbio Fernández ó de José María Vidal tomando por único fundamento sus páginas escritas, ni se grada la admiración debida al carácter de Prudencio Vázquez y Vega por la magnitud de su rapidísima acción, debe durar eternamente en el espíritu de la juventud que realice lo que en él fué promesa y esperanza, como una memoria noble y querida.

Alejandro Magariños Cervantes está juzgado en el prólogo de la Antología que comentamos, con una exactitud y una justa proporción de elogios y censuras, que vienen á fijar sólidamente el criterio de la posteridad sobre tal poeta; á quien el voto de la crítica, ó por decir mejor, el *silent vote* de la opinión literaria, entre nosotros, ó bien enaltece, sin leerle ni estudiarle, ni más noble y reflexivo fundamento que la fuerza de inerencia de la gloria que le rodeara su vida, ó bien considera bajo el imperio de una reacción desatentada que tiende á menguar más de lo justificable y oportuno la razón de tal gloria.

Ciertos aspectos del poeta, poco estudiados en relación al interés que ellos ofrecen (sirva de ejemplo la insuficiente apreciación del poderoso concurso prestado por el autor del *Celiar*, como cantor de la naturaleza y las costumbres, á la obra iniciadora de una originalidad americana en poesía) ciertos errores de información (*Palmas y Ombúes*, por ejemplo, son para Menéndez Pelayo, la colección completa y definitiva de los versos del poeta) no menoscaban sino en mínima parte el acierto y la verdad del conjunto.

Pero si juiciosa y definitiva considero la página que consagra el comentario á la personalidad de Alejandro Magariños Cervantes, juzgo desacertada la elección de los versos que el colector escoge en su vasta obra por modelo.—*Ondas y nubes* me parece de las composiciones más fugitivas y triviales del viejo poeta en quien admiramos ahora más que el positivo valor del poeta mismo, la personificación patriarcal y vene-

rable de una época de ruda iniciación y de entusiasmos generosos en los anales de nuestra literatura nacional.

Aparte la mediocridad absoluta de esos versos, ellos no ponen en manera alguna ante los ojos del lector la imagen fiel de la poesía de Magariños Cervantes, ni dan idea de su elemento peculiar y su sello característico.

La condición más interesante y más hermosa de su fecunda producción; aquella por la que vive indisolublemente vinculada á los recuerdos de medio siglo de luchas, de sacrificios y dolores, es el ser obra viva en favor de una regeneración y un ideal, labor de misionero, ó de soldado, ó de tribuno,— algo así como la tremulación, en fuertes manos, de una enseña de fraternidad y de civismo; condición por la cual no se ha manifestado sobre el haz de la tierra donde ese noble guión de los sentimientos colectivos onduló, un generoso esfuerzo, ó un recuerdo de gloria, ó una alentadora esperanza, que no haya encontrado eco y repercusión en la palabra del poeta, vibrante según la imagen de quien tomó de sus manos la lira consagrada para las glorificaciones del sentimiento nacional, como el «corazón de nuestra historia».—*Ondas y nubes*, entre tanto, es la manifestación de un lirismo gárrulo y vacío.

Si alguna vez me tocara penetrar en la obra del viejo cantor de las jornadas de la Defensa, para hacer destacarse del nivel del conjunto aquellos trozos que en mí sentir merecen ser señalados á la atención del coleccionador, no iría á buscarlos, ciertamente, en los que manifiestan la irreflexiva imitación de los modelos románticos, ni en los acentos íntimos, flotantes por lo general en una zona donde ni la tempestad ruge poderosa y siniestra ni un sol triunfal pone los tonos ardientes de la vida; sino en aquellos otros que constituyen la realización de un generoso programa de poesía viril y pensadora, ó en los que fueron madurados al calor de los primeros anhelos de conceder una expresión original y genuina á las cosas de nuestra naturaleza y nuestra sociedad.

Elegiría ciertos fragmentos de *Los hijos del genio* que me parecen animados de inspiración noble y robusta, ó el *Derradero*, que es una hermosa profesión de fe de la poesía americana; elegiría *La Gloria*, donde se idealiza y describe con toques de un pincel brillante y animado la Odisea del explorador; elegiría *En las Piedras*, donde percibo algo del soplo á un tiempo heroico y candoroso que bate el frente de aquel niño inmortal de Víctor Hugo que pide *pólvora y balas* sobre las ruinas desoladas de Chio.

Llego en mis comentarios á la parte para la que reservaba el tono de una enérgica desaprobación.—Los reparos que he puesto no han sido hasta ahora sino la exposición insegura, incierta, de mis dudas. Al llegar aquí, me irgo, á mi pesar, y levanto franca y confiadamente mi protesta.

Falta un nombre en la Antología. Juan Carlos Gómez, que en concepto de muchos debió ocupar en esta parte de ella el puesto de honor, no es siquiera aceptado á participar de la representación del senti-

miento lírico de su pueblo.—Proscrito él mismo, en la realidad de la vida, y aún en el sueño de la muerte, que duerme en tierra extraña, estále reservada de esta manera, á su obra de poeta, la dura suerte de una proscrición no menos injusta.

Me doy exacta cuenta del pensamiento á que obedece y el plan en que se encuadra la obra que ocasiona esta crítica; subordinada á una rigurosa selección que limita por la misma amplitud del campo que ella abarca en el espacio y el tiempo, el número de autores aceptados en cada parte de la Antología; y respetando de buen grado este criterio del colector, que me parece el único practicable, ó el único oportuno en su obra, adviértase que no le hago cargos por la exclusión de Pedro Pablo Bermúdez, en quien reconozco el primero que consagró esfuerzos audaces á la victoria de una poesía empapada en el sentimiento de la tradición y el juego de la tierra; ni de Melchor Pacheco, por cuya personalidad tengo veneración casi idolátrica; ni de Enrique de Arrascaeta, en quien no todo dejó de superar el nivel de la mediocridad; ni de Heraclio Fajardo, á quien concede la Antología la semi-hospitalidad de la mención en una nota; ni de Fermín Ferreira y Artigas, que electrizó á una generación con su palabra de tribuno y todavía nos conmueve con no pocos de sus acentos de poeta.

Si considero injusta la proscrición de que se ha hecho objeto á Juan Carlos Gómez, es porque creo que difícilmente podía haberse excluido de la colección nombre que más la honrara y que reuniese más valor representativo.

La Libertad, que para Menéndez Pelayo no parece ser sino una insoportable declamación versificada, es la que se invoca en primer término, como documento de prueba, en esa dura sentencia de exclusión.

Toda defensa de aquel canto puede ser sospechada de una parcialidad inevitable y generosa en labios de quienes lo recitamos y lo amamos desde la niñez.—Tres generaciones, antes de nosotros, lo han llevado en su espíritu, asociándolo, como una promesa, á sus anhelos de un futuro mejor,—esculpidos sus versos en la más segura intimidad de la memoria; tres generaciones lo han entonado en todas las horas solemnes de su acción y en medio de todas las sensaciones profundas del civismo, como un Credo: en los entusiasmos febriles de la lucha, en las horas amargas y frecuentes de la decepción, en las soledades sombrías del desierto, en las iluminaciones fugaces de la esperanza.

El imperio de esta tradición constante y prestigiosa, que ha incorporado al número de las cosas queridas del sentimiento nacional el viejo canto del tribuno, es seguramente un obstáculo difícil de evitar para que nosotros nos alleguemos á juzgarle con la severidad del criterio desapasionado.

«En nuestros pueblos, decía una vez Miguel Cané,—y á propósito de la misma avasalladora influencia de la palabra de Juan Carlos Gómez,—la impersonalidad literaria es imposible.»—Hay un lazo fatal, en el limitado escenario de nuestras democracias, por el que se vincula indisolublemente á la

existencia y la obra de cada uno, su palabra, su prédica, su exhortación.

Cuando José Pedro Varela canta á la muchedumbre anhelante de los niños que la enseñanza congrega y conduce al porvenir bajo su égida de luz, la estrofa resuena en nuestro espíritu con unción evangélica, el verso adquiere alas de su vinculación con el recuerdo de la acción redentora; y cuando se lee á Juan Chassaing, saludando en la bandera de Mayo, el símbolo del ideal á cuyo honor consagró las energías de un alma para y fuerte, para los que conocen la vida y el ejemplo del ciudadano tienen aquellos versos una repercusión moral que indudablemente supera al efecto aislado de una inspiración que no alcanza á las cumbres.

Es indudable que el prestigio de *La Libertad* ha reposado, en mucha parte, para nosotros, sobre ese pedestal labrado por la acción á la palabra; es indudable que los esfuerzos, y las prédicas, y los dolores, de medio siglo de una constante personificación de la inteligencia incorruptible que flota como un lampo de luz sobre las maldades triunfantes y tentadoras de la vida, han contribuido á formar al rededor de aquella composición una atmósfera electrizada y luminosa; han puesto en sus acentos una poderosa vibración que no hallará, de seguro, en la letra inanimada quien no recite aquellos versos llevando la imagen del poeta en la memoria y el culto de su ejemplo en el corazón. Pero yo confío en que aún allí donde no alcance esta influencia prestigiosa á que no podemos sustraernos, los alejandrinos de «*La Libertad*» resonarán con la entonación de la verdadera poesía en aquellas almas capaces de apasionarse por los buenos y verdaderos pensamientos que el cincel de una forma hermosa ha acariciado!

Que hay en ellos pasajes que hoy nos suenan á declamaciones de colegio; que los deslucen en alguna parte ciertas notas de lirismo infantil y ciertas galas de retórica candorosa, no será yo quien lo dude. Pero la vida interna, el soplo ardiente que constituyen á aquel canto en un vivo organismo lírico, lo redimen largamente á mi ver, de todos sus pecados de la forma y todas sus faltas contra el gusto. Podría compararsele con un corazón que al palpar da sonos meliosos.—Es, además, tomando el americanismo poético en un amplio sentido, una composición esencialmente americana. No tanto por la rememoración feliz de la Epopéya, que hace vibrar sonos heroicos y triunfales enfervorizando la corriente hasta entonces majestuosa, serena, de la narración; no tanto por aquellas estrofas de poderosa síntesis descriptiva en que aparece la naturaleza del Nuevo Mundo brindando su seno pródigo á la libertad proscripta de todos los climas y los tiempos; cuanto por significar, por su misma ingenuidad y su mismo abandono, el sentimiento intenso de la libertad que dominaba en el espíritu de pueblos que acababan de conquistarla, al precio de un inmenso heroísmo, luchando por su ser de naciones, y aun derramaban sangre por estrecharla con abrazo viril en el orden de su vida interna.

La libertad que habían cantado los poe-

tas americanos hasta entonces, era la diosa clásica, la libertad que tuvo por atributos el gorro frigio y el ramo de laurel, y fué adorada en la cúspide del Aventino.—No era este intenso amor, este ardoroso y humano sentimiento, que se manifestaba, independiente de toda vestidura simbólica, en el canto que *El Nacional* de 1842 lanzó á los vientos, en visperas de la Defensa, cuando era llegado para la generación gloriosa de su autor, la hora de la acción y del civismo.

Y no es *La Libertad* el solo título de poeta que pueda ofrecerse á la sanción de la posteridad en nombre de Juan Carlos Gómez.—Yo encuentro intensa poesía en sus composiciones de sentimiento personal que á Menéndez Pelayo le parecen selladas por el amaneramiento de una escuela. Y no la encuentro de la estirpe que vive exclusivamente vinculada á ciertas convenciones del gusto, sino de aquella que se encamina derechamente á lo más íntimo del alma, de la que es idioma grato y compensable para los hombres de todas las latitudes y de todas las épocas.—«*Gota de llanto*» será siempre leída con emoción y con deleite por cuantos sepan de la poesía que nace del recogimiento del recuerdo.—«*Ida y vuelta*» es un romance de una delicadeza encantadora, donde ni el verso ni el espíritu descubren rastro de artificiosidad ó afectación. «*Agua dormida*» me parece de las cosas más bellas con que una naturaleza á un tiempo viril y delicada ha podido expresarse en el lenguaje de los poetas. «*Cedro y Palma*», «*Reminiscencias*», «*A una ausente*», son algo más en mi sentir que inspiraciones de un pasajero sentimiento romántico.—Juan Carlos Gómez, á la manera de Nicomedes Pastor Díaz, uno de los tribunos de más varonil y resonante elocuencia que hayan hollado en nuestro siglo la tribuna española, y á la vez el más sentimental, el más íntimo, el más suave, de los poetas de nuestra habla que preceden á Becquer, ofrece ejemplo de una mente de publicista que es toda bronce y toda fuego en la vida de la polémica y la acción, extrañamente asociada á una vena lírica que brota, mansa y rumorosa, en la región de las supremas delicadezas.

Tales son las observaciones que se nos ocurren respecto de la selección verificada en nuestra poesía y el juicio formulado sobre nuestros poetas, por el autor de la Antología de líricos americanos.—Agregaremos, como consideración final, que no debe juzgarse por el acierto, bien inconstante y discutible, que manifiesta esta parte de la colección, el revelado en el vasto conjunto de la obra.—Ella ha llegado á término, y ofrece á la crítica americana un interesantísimo asunto que abordar.—Acaso nos lo propongan nosotros algún día; pero anticipando desde ya la fórmula que concreta nuestro juicio y nuestras impresiones, nos será permitido dirigir un aplauso y una protesta de gratitud, con los que interpretamos seguramente el sentimiento de América, al autor de la Antología que viene á solemnizar y consumir la incorporación de la obra de sus poetas al común acervo de la lengua española.

Los merece también, y no se los escatimamos por nuestra parte, la Academia que ha tomado bajo sus auspicios esta empresa literaria de positiva significación para el afianzamiento de la amistad de nuestros pueblos con la metrópoli que puede aspirar todavía á recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu.

El intercambio de ideas y de ingenio; las corrientes mensajeras de la actividad de la vida intelectual; el amor revelado en la consideración de las cosas de los unos por las mentes selectas de los otros, son vínculos más fuertes, más seguros, que los que pueden originarse de la organización oficial y artificiosa de instituciones que velen en cada zona de la vasta unidad castellana, á modo de vestales, por la integridad, ó la inmovilidad, de la lengua.

Emilio Castelar, manteniendo constantemente viva la palabra de la reconciliación y la unidad eterna de la raza, en las más altas cumbres de la tribuna; don Juan Valera, interesando, á favor del aticismo y la espiritualidad de las «*Cartas Americanas*», la atención del público español en los nombres y obras de la actual literatura del continente; y Marcelino Menéndez y Pelayo, saliendo triunfador de la primera tentativa encaminada á armonizar las inspiraciones superiores de nuestros poetas, en un conjunto ordenado bajo las prescripciones más seguras del criterio y del gusto, han realizado los tres esfuerzos más eficaces y plausibles entre los que han podido consagrarse al buen éxito de obra tan noble y tan fecunda como la de estrechar los lazos de fraternidad intelectual de España y América.

JOSÉ E. RODÓ.

ODAS DE HORACIO

(TRADUCCIÓN)

Diffugere nives.
(Lib. IV., Od. 7.)

Por fin la nieve es ida;
Recobra su verdura la pradera,
El árbol la perdida
Froncosa cabellera,
Y á la tierra vistió la primavera.

El desbordado río
Vuelve otra vez al cauce y va besando
La orilla, sin desvío.
Aglaya procurando
Las Ninfas, todas ellas van danzando.

Y el año y las mudables
Horas que vemos devorar al día,
Nos muestran inestables
El goce y la alegría,
Pues que huyen años y horas á porfía.

Á los sañudos frios
Ablanda el dulce Céfito temprano,
Y luego los estíos
Se rinden al verano,
Cuyo fin, á su vez, está cercano.

Que ya de fruto tierno
Cargado el bello otoño se nos llega,
Hasta que del invierno,
Por la tendida vega,
El ala inerte y fría se despliega.

La luna en su creciente
Repara sus jirones al instante,
Y el hombre inútilmente
Trabaja constante
Por ver de reparar ¡ay! su menguante,

Pues apenas caído
Á la mansión de Eneas el humano,
De Tulio enriquecido
Y de Anco soberano
Vana sombra ha de ser y polvo vano.

Á hombre ninguno es dado,
En siendo su existencia consumida,
Averiguar su hado
Y saber si en su vida
Otras horas habrá tras la extinguida.

Así, Torcuato amigo,
Lo que otorgues al goce verdadero
Lo pondrás al abrigo
De ambicioso heredero
Que espera tu suspiro postprimero.

Que al bajar á la helada
Tumba á escuchar de Minos la sentencia,
No te darán la ansiada
Luz, la noble ascendencia
Tuya, ni la piedad, ni la elocuencia.

Recuerda que al Leteo
Robar no pudo á Hipólito Diana,
Que á Peritoo, Teseo
Salvar de la tirana
Cadena no logró su fuerza vana.

Mecenas atavis.
(Lib. I., Od. 1.)

¡Oh, Mecenas ilustre, descendiente de real prosapia! ¡Oh, noble gloria mía! Hombres hay que se precian, vanidosos, de haber volado por el circo olímpico con su carro que el polvo circundaba; y orgullosos de haber girado presto rasantado, sin tocarle, con la rueda férvida el linde intacto, se imaginan elevados al rango de los dioses por los honores de las palmas verdes: éste, si la mudable muchedumbre de la ciudad de Rómulo se empeña en alzarle á la cumbre de la gloria, mira logrados todos sus deseos; y aquel otro en sus trojes encerrando pródigo el rico grano que las eras de Libia acopia, por feliz se tiene; que al hombre ingenio que su dicha toda cifra tan sólo en remover el campo de sus mayores con la azada, nunca lograrán conminarle á hender las ondas del mar Egeo en un bajel de Chipre, aunque le ofrezcan como grato cebo de Atalo las innúmeras riquezas: quien espantado de la fiera lucha que el ábrego mantiene con las olas donde Ícaro cayó, rotas las alas, sueña con la quietud del patrio suelo; después, al reparar en sus navíos

las huellas de terribles tempestades, la nave apresta, no sufriendo indócil el yugo abrumador de la pobreza: algunos se deleitan con el vino de Másico, que apuran sin descanso, y á los serios negocios de la vida roban algunas horas, consagradas al solaz, ya tendidos á la sombra de un árbol frondosísimo, ya junto al claro manantial de un arroyuelo: muchos se regocijan contemplando un campamento, y buscan los marciales sonos de las trompetas y clarines que hacen soñar en las cruentas guerras que odian las madres: y al abierto cielo se queda el cazador presto olvidado de su esposa; ya sea que la pista marquen los perros de cercana ciarva, ya un bravo jabalí sus redes todas haya roto y en trizas convertido.

La yedra que la frente de los sabios circunda, á ti, Mecenas, te coloca entre los Dioses del angusto Olimpo; y á mí del vulgo lejos me retira la fresca sombra de los grandes bosques, donde contemplo las ligeras danzas de las ninfas y sátiros,—que Euterpe no hace callar ni flauta, ni rehusa templar Polimnia mi lesbiana lira. Mas si tú entre los líricos me cuentas, alzaré la cabeza hasta los cielos.

VICTOR PÉREZ PETIT.

«Tiranos de América»

VICTOR ARREGUINE. TIRANOS DE AMÉRICA. EL DICTADOR FRANCIA. MONTEVIDEO, IMP. OBREIRA TIPOGRÁFICA, 1896.

En 8º, s. s., 34 págs.

El reputado escritor y poeta Víctor Arreguine ha publicado un nuevo libro histórico. Titúlase *El Dictador Francia*, y consiste en la primera parte de una vasta obra sobre *Tiranos de América*.

Es un estudio completo de la personalidad del tirano paraguayo, que encierra en pocas páginas desde sus detalles fisonómicos hasta los hechos más salientes de su vida, presentado en forma nueva y brillante, abundante en rasgos de sagaz penetración histórica, original de estilo y lleno de erudición como de ingenio.

Con el libro de Arreguine el dictador Francia ha dejado de ser para nosotros la esfinge envuelta en caliginosas sombras que veíamos vagar como un ensueño por lo que se ha dado en llamar la China paraguaya, y desde las primeras páginas de él no podemos menos de comprender que desaparece la esfinge para aparecer el hombre.

«Era de corta estatura; cuerpo bien proporcionado; algo gibosas las espaldas; la palabra lenta y acompañada de ademanes adecuados; tenacidad incontestable; ojos brillantes y sombríos, y dos finas cejas como un par de alas erguidas; el labio fuertemente contraído; la frente, como en fuga hacia atrás, ancha y protuberante, un gran surco vertical partiéndola en dos; lacio el pelo y

negro; la nariz delgada y firme; pequeña la oreja; la color de un tinte amarillo.»

Es de ver cómo Arreguine ríe las suspicacias de los observadores extranjeros que ven en los hechos más insignificantes de la vida pública y privada de Francia detalles propios de los tiranos de la antigua Roma.

Oigámosle: «Siendo ya dictador fumaba dos ó tres cigarrillos al día, y cada vez que tal hacía desmenuzaba el tabaco en la palma de la mano, para persuadirse de que no ocultaba ningún sorpresa digna de *Mitridates*.» (Rengger et Lonchamp).

Washburn va más lejos: «Era tanta la vanidad del dictador, que aun los niños de cuatro años—lo asegura casi bajo palabra de honor—poco importaba que anduviesen descalzos—estaban obligados á usar unos enormes sombreros, al solo objeto de salvar al ogro taciturno en sus cabalgatas del crepúsculo.

«Pero dime, ¡oh Washburn sagaz, ¿no sería más bien el sol quien obligara á usar esos enormes sombreros á los muchachos de cuatro años?»

Esto resulta evidente si se recuerda lo que el mismo Washburn consigna en otro lugar: «cuentan que su guardia apaleaba á los transeúntes poco listos en meterse en sus casas ó dar cara á la pared, porque, como el sol, el *Supremo* no gustaba ser mirado de frente.»

Y Zinny: «La conciencia que tenía de haber hecho dar muerte á tantos millones de inocentes,» etc.

«Está visto que las tiranías sugieren elevaciones mentales á quintas potencias, exclama con razón Arreguine, porque de otro modo el buen Zinny no habría alcanzado á contar más de cien personas allí donde vio, con qué sentido no sabemos, hasta quién sabe qué cantidad de millones.»

Se conocen de la vida del dictador muchas anécdotas interesantes. Apuntaremos algunas.

«Un día le anuncian á Francia el sumario de una viejecilla, que viene acusada de hechicería y cargada de cadenas desde el remoto Curuguaty. La envían el cura y el alcalde. Y Francia, dirigiéndose al suizo Rengger: *¡Ah! señor, vea para lo que sirven estas gentes! Para hacerles creer en el diablo antes que en Dios.*»

«En otra ocasión, á un comandante que solicitaba la imagen de un santo para patrono de un fortín: *Cuando yo era católico pensaba como tú; pero ahora conozco que los cañones son los mejores santos para guardar la frontera.*»

Es en otra forma la frase de profunda filosofía de Cronwell á sus soldados: *Tened confianza en Dios, pero guardad la pólvora seca!*

«Presenciando una autopsia practicada por Rengger: *Vea, doctor, observe bien, y dígame si estos paraguayos tienen un hueso de más en la garganta que les impide hablar fuerte, y uno de menos en el espinazo que no les deja llevar alta la frente.* Ingeniosísima frase, superada por Arreguine con este rasgo soberbio: *El hueso era él, Francia.*»

En 1813 Yegros y Francia son nombrados cónsules.

«Usarán el sombrero orlado con la escarpela tricolor de la República, dice el artículo 2º del Reglamento de Gobierno. Cada uno tendrá su sillón, y en letras caladas estará escrito en los respaldos: César, Pompeyo. Se infiere quién será César, agrega Arreguine.

Yegros, efectivamente, no había de serlo. Oyendo hablar un día del bloqueo continental contra Napoleón, sólo deseaba un viento sur bien fuerte, bien fuerte, cosa que se llevara las escuadras europeas al Paraguay, y los paraguayos se quedarán con ellas. Este rasgo pinta a un hombre.

La personalidad del doctor Francia tiene más de un punto de contacto con la de Oliverio Cronwell, en quien parece inspirado en más de una ocasión el sombrío tirano paraguayo. A Cronwell se le ha reprochado su fatuidad; lo mismo a Francia. Uno y otro eran de carácter misantrópico, hipocondríaco, y corroboran de consuno la original observación de Carlyle: ¡los grandes hombres son silenciosos! Ambos eran aficionados a los juegos de azar, y eran frugales. Cronwell nace a la vida pública defendiendo los intereses del común contra los avances de la autoridad avasalladora; Francia fué el alma del movimiento revolucionario contra el poder de la metrópoli en la noche del 14 de mayo de 1811. Carlyle llama a Francia genio actor, y de Cronwell dice: poseía en el más alto grado el valor y la facultad de hacer. Por último, y como si el destino interviniera en sus últimos días de vida para semejarlos y después de su muerte para escarnecerlos, el fin de uno y otro está caracterizado por insomnios poblados de visiones terroríficas, y si el cuerpo difunto de Cronwell es expuesto, encadenado, a la vergüenza pública en lo alto de un cadalso, los restos de Francia son años después de su muerte desenterrados y arrojados a la agusa.

Los que juzgan a los autores por la *pose* y a los libros por lo que abultan, no ven en Arreguine un escritor de méritos, ni verán en su libro un libro de positivo valor. Él no debe extrañar que algunos desconozcan su para mí indiscutible talento. ¿Que no han estudiado literatura para poderlo apreciar? Bah! ¿qué importa? Ellos se dan mutuamente el nombre de literatos con la infinita fruición con que los negros se tratan de señorita y caballero.

Arreguine no se preocupa de estas cosas, y sigue adelante, convencido como lo está de que siempre fué la envidia planta que crece vigorosa en los lindes sombríos de la impotencia.

Si a mí se me pidiera el carácter distintivo entre la literatura y los demás géneros de conocimientos humanos, diría que la literatura se distingue porque en ella todo el mundo es voto, y voto competente. El hecho es original; pero la verdad es que no hay escritorzuelo chanflón que no crea para sus adentros estar en potencia propinqua de ser gobernador de la insula literaria.

En cuanto a su libro, Arreguine debe estar satisfecho. Ha dicho mucho en él, y, sin faltar a la verdad, no ha podido poner en su portada, como se ha hecho alguna vez

entre nosotros: «Esta obra tiene tantos millones de letras.»

No conozco libro histórico que se le parezca en este concepto. Es imposible decir más en menos espacio.

Su estilo, conciso, cortado, nervioso, conduce al lector de un hecho culminante a otro de la vida del dictador paraguayo. En este sentido puede afirmarse con exactitud que *Tiranos de América* semeja un viaje por las cumbres.

Ha cumplido así su autor con una de las más justas exigencias de nuestro tiempo.

El distinguido filólogo y culto escritor chileno don Zorobabel Rodríguez, en un brillante artículo publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, intitulado *La lectura de los clásicos españoles*, dice a este propósito:

«La lectura de los períodos largos pide mucho tiempo y muchísimo esfuerzo. Si el uso no los hubiera proscrito, la junta de sanidad no habría dejado de hacerlo. Nos fastidiamos de que se nos presente una serie de sustantivos envueltos en sus adjetivos, como solemos rehusar las nueces por no darnos el trabajo de descascararlas.

«La atención fatigada del público exige hoy del escritor como cualidades indispensables la claridad y la concisión. Los que leen, esclavos casi siempre de sus quehaceres, juguetes de sus compromisos, quieren leer lo más posible en el menor tiempo posible. Gustamos de los libros pequeños, de los capítulos breves, de los períodos cortos. Cualquier esfuerzo corporal o mental nos intimida, cualquier alimento que no esté desmenuzado nos atraganta; y si las cosas siguen como van, antes de mucho grajeas serán nuestro único alimento, y píldoras la única forma en que los médicos receten sus remedios.»

Una observación sola tengo que hacer en contra de este opúsculo, y es relativa a la filosofía que se desprende de él.

Soy siempre de los primeros a aplaudir la verdad histórica, ajena por completo a los intereses personales y de círculo. Soy de los que creen que hay que decir siempre la verdad, por muy dolorosa que suene en nuestros oídos, por mucho que contrarie nuestros preconceptos y por más opuesta que ella sea a la creencia común. Al hacer esto, Arreguine ha cumplido con el estricto deber que le imponían la conciencia y la historia. Hasta aquí estoy con él.

Pero creo al propio tiempo deber más alto, obligación más sagrada, arrojar a la frente de los tiranos el anatema a que los hacen acreedores sus desprecios a la ley, sus violencias y sus crímenes. Y esta es la nota que falta en el libro. Deber es del historiador justiciero flagelar la nefanda memoria de los déspotas con el odio implacable de Tácito ó la sátira cruel de Juvenal. La obligación es más grande aún en estos pueblos de América, perseguidos por la temible plaga de los despotismos pretorianos y de las oligarquías cuarteleras; en América, que parecía destinada a ser el refugio salvador de la libertad y a ahogar por siempre jamás el monstruo desolador de la tiranía!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

PROFESIÓN DE FE

Cuando vibrante de pasión mi acento
Mostrar pretenda arrebatado ardor,
Cuando os hable de besos y caricias
Y de dichas sin fin y de delicias,
No me creáis, porque, farsante, miento...
¡Yo ya no tengo amor!

Cuando pre a de horrible sufrimiento
Llegue a llorar tal vez y a maldecir,
Cuando os hable de penas y dolores,
Pintando lo infeliz de mis amores,
No me creáis, porque, farsante, miento...
¡Yo no puedo sufrir!

Mas, ¡ en la hora glacial del desaliento
Vaga errante mi vista en el vacío,
Ajena el alma a cuanto ve y escucha,
Como atleta cansado de la lucha,
¡Oh, creedme, creedme, por piedad!, no miento...
¡Yo sólo tengo hastío!

ENRIQUE RIVERA.

NERÓN

A mi amigo Pedro W. Bermúdez, en retribución del bello cuento que me dedicó en *El Negro Timoteo*.

La Roma de los Césares del crimen,
Esa bacante de infernal orgía,
Ya no es la reina que al romper cadenas
El cetro de los déspotas rompió;
Ya no es la virgen que sonríe estoica
Al maldito furor de los tiranos,
La semi-diosa heroica,
La Egeria colosal de los romanos!

El pueblo de los Gracos y Scipiones
Se ha transformado en un rebaño inmundo;
Y en donde confundido con histriones
Canta al crimen un déspota iracundo,
Se halló el asiento de la fragua inmensa
Do se forjaba el porvenir del mundo.

La voz de los tribunos ha espirado
En el recinto de la vieja Roma,
Y resuena el estrépito causado
Por las grandezas que elevó un pasado
Y que el imperio de Nerón desploma.

El épico Lucano
Borda recuerdos en sus cantos de oro;
Y el Sócrates romano,
Como lirios de luz del pensamiento,
Doquier esparce sus ideas, aves
Que aun nos cautivan con su angusto acento
Pero, obligados a rendir sus venas
Al puñal de un sangriento fanatismo,
Mostraron que soñaban con Atenas
Al borde horrible de un profundo abismo.

Popea, Mesalina enervadora,
Hablandole a Nerón en ese idioma
Que tiene las delicias de una aurora
Y el arrullo de amor de una paloma,
Lo encanta dulcemente,
Y en pos de sus fingidos embelesos
Convierte el alma de Nerón en tumba
De sus ardientes y malditos besos.

II

Por sendas extraviadas, del cierzo combatidas,
Cruzamos este mundo de angustias y pesar,
Cual nave que de vientos contrarios impelidas
Surcando van las olas de proceloso mar.

Dos términos fatales nos señaló el destino:
La cuna y el sepulcro. ¡Tremenda realidad!
Entre ellos atraviesa sobre árido camino,
Con planta fatigada, la pobre humanidad.

Desierto de amargas es esta triste vida,
Mas hay para consuelo un oasis: el amor....
¡Dios quiera que en él halles felicidad cumplida
Y que jamás te hieran los dardos del dolor!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

MIEDO DEL MIEDO

A Daniel Martínez Vigil.

De pronto, se puso pálido. Sus ojos de poeta soñador, quedaron fijos, inmóviles dentro de las órbitas, todo llenos de susto. Sus labios se contrajeron en una mueca de espanto, ridícula, tonta, violenta. Y por su frente, ligeras gotas de sudor brillaron a raíz de los cabellos.

Su mano, que en aquel preciso instante alzaba la taza de café para llevarla a la boca, tembló de un modo desordenado, violento, y descendiendo hasta el platillo con un brusco ademán inconsciente, depositóla en él alzando un rapidísimo repiqueteo de la loza.

¿Qué había visto Ramón? Frente a él, en la mesa contigua, acababa de tomar asiento un hombre alto, fornido, de inmensos mostachos rubios, casi colorados, y cuyos ojos negros, profundos, de mirada escrutadora y terrible, se ocultaban bajo el matorral espesísimo de las cejas. Vestía un inmenso sobretodo color chocolate, viejo, raído, rayano en andrajo y cubría su cabeza de melena rojiza y enmarañada, un tremendo sombrero hongo, mugriento y lleno de manchas. Al sentarse lanzó un suspiro de satisfacción que semejó el ronquido de una res degollada y dió contra el suelo dos golpes secos y sonoros con el pesado bastón de alma de hierro que llevaba en aquella mano terrible, grandota y llena de pelos.

Ramón le miraba siempre con ojos idiotizados que el terror hipnotizaba, y una angustia indefinible le agarrotaba la garganta, bajaba luego hasta el estómago y allí se le sentaba implacable, llenándole de males y sufrimiento. Un momento tuvo la idea de levantarse y huir desesperadamente, sin llamar al mozo y abonarle su café, pero aquel día tan terrible el gesto del hombre de los inmensos mostachos colorados, que las piernas se le doblaron, atacadas de súbito desfallecimiento, y quedó en su silla pálido y todo el cuerpo vibrante por un terror repentino.

En aquellos instantes supremos en que el miedo clavaba sus garras en su cerebro y hacía latir desbocado su pobre corazón, el infeliz sintió vehementes deseos de llamar a alguien para que le salvara del inminente peligro. Pero, ¿qué alegría? Aquel hombre

no le decía nada, no se había aproximado a él siquiera: bebía tranquilamente su pocillo de café, resoplando muy fuerte y a largos intervalos. Todos se hubieran burlado de él en el caso de que pidiera socorro.

Y él, el desdichado, veía que aquella noche era la vencida. Su instinto se lo decía a gritos, ese instinto de la bestia que adivina el peligro. El hombre de los mostachos colorados tenía un extraño color en sus facciones,—un color de terracota,—y en sus ojos brillaba una luz sombría y fatídica. Si Ramón no se halagaba con ninguna esperanza: aquella noche era la predestinada para la catástrofe.

La historia era vieja ya. Hacía dos meses (era a principios del invierno) que aquel hombre lo seguía con raro empeño. Todas las noches tomaba asiento en la mesa contigua a la que Ramón ocupaba en el café, y allí se estaba observándole a hurtadillas, siempre con su gesto terrible, durante horas enteras. Ramón pedía diarios y quedábase hasta las once, invariablemente. El hombre de los grandes mostachos también pedía diarios, y lefalo ó parecía leerlos, con torvo ademán, pero mirando siempre de soslayo a Ramón. Cuando éste se levantaba y salía del café, el sombrío personaje dejaba igualmente su asiento, cogía su inmenso garrote y ponfise a marchar detrás de Ramón. Sus pasos resonaban secos y lúgubres en el gran silencio de las calles desiertas y advertían al desdichado que era seguido. Al principio no había parado mientes en ello; después, le chocó un tanto aquel hombre repugnante y de torvo aspecto que, por casualidad, todas las noches llevaba el mismo camino que él desde la plaza Constitución hasta la calle Isla de Flores; más tarde advirtió que había algo más que una casualidad en la conducta observada por su personaje, y por fin, datos inequívocos vinieron a convencerle de que era objeto de una persecución paciente y extremada. Cuando éste convencimiento llegó al ánimo de Ramón, su cabeza empezó a trabajar. ¿Por qué le seguiría aquel hombre de tan repugnante aspecto? Porque no había duda alguna: él, Ramón, era seguido. Dos ó tres noches cambió de itinerario, y su sombra le siguió implacable, sin desviarse una línea. Otra ocasión, en vez de dirigirse directamente a su casa, bajó hasta la calle Cerrito, siguió por ésta hasta la de Paysandú, tomó luego Uruguay, por la de Florida, hasta la calle Queguay y por ésta dirigióse hasta su casa situada en la de Isla de Flores. Pues bien, durante todo su trayecto los pasos secos y acompasados de su seguidor nocturno resonaron lúgubres a su espalda. Cuando esta convicción llegó al espíritu de Ramón, una angustia inmensa llenóle el pecho, y, por primera vez, tuvo miedo. Apresuró el paso y, casi al mismo tiempo, notó que su perseguidor los apresuraba; luego marchó más lentamente para dar lugar a que el otro pasara delante, pero éste también hizo más lenta su marcha y permaneció a retaguardia. Entonces el miedo se posesionó de Ramón y ya no le abandonó ni en solo día.

Pero, ¿por qué era seguido? Siempre la misma duda martirizaba su cerebro. Y en vano se rebelaba contra ella; decíase a sí

Seguido por histriones y bacantes
Nerón contempla la ciudad dormida
Bajo un cielo de estrellas que parece
La bóveda de un templo de gigantes;
Y en un arranque de pasión vehemente
Hace de Roma una infernal hoguera
Que alumbra a un continente!
Y al ver que el cielo va tomando tintes
Con aspecto de inmensas llamaradas,
Celebra con sus versos
Y al rumor de insultantes carcajadas,
El término cercano
Del Dios que mora sobre nubes de oro,
Del Dios eterno del ideal cristiano.

Pero ¡ay! el monstruo, cual Satán vencido,
Como una palma que cayera al golpe
De los rayos que atruenan los desiertos,
Cual un coloso herido,
Se hundió en el polvo de los siglos muertos.
Y hoy esa Roma que se alzó radiante
De su lecho sangriento
De crimen y mancha,
Entre los brazos de la Europa brilla
Cual trozo arrebatado al firmamento.

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

NOCHE DE INVIERNO

Muestra el cielo señales de tormenta;
Cubre blanco sudario la llanura;
Y la brisa gimiendo en la espesura,
Parece un sér que, débil, se lamenta.

Frio rayo de luna soñolienta
Ilumina lejana sepultura
Y las olas con horrenda bravura
Se quiebran en la roca corpulenta.

Obscura nube por el rayo herida
Líquidas perlas, cristalinas, vierte
Sobre la madre tierra envejecida:

Todo el aspecto desolado, inerte,
De la naturaleza dolorida
Es la trágica imagen de la muerte.

JOSÉ SALGADO.

ENIGMA

I

Aquí, bajo estas flores del pensamiento emblema,⁽¹⁾
Vendrá la mente mía las suyas a verter.
¿Quién sabe si estas flores no encierran el poema
Oculto pero hermoso de un alma de mujer!

Acaso fueron ellas, en ya lejanas horas,
El símbolo olvidado de pasajero amor;
Acaso entre estas hojas ya mustias é incoloras
Un poco de su acibar depositó el dolor!

¿Misterio de las almas, incomprensible arcano
Que a penetrar no llega del hombre la razón!....
Ah! ¿quién pudiera, en alas del pensamiento humano,
Bajar a esa honda sima que llaman corazón!

(1) En la hoja de album donde fueron escritos estos versos hay dos flores de pensamiento, disecadas.

mismo que el otro no podía saberlo, desde que nadie sabía su secreto ni a nadie lo había confiado; pero entonces, ¿por qué lo seguía?

No podía ser otra la causa: aquel hombre habría averiguado, quién sabe por qué medios, que Ramón tenía oculto un tesoro, toda su fortuna, una buena cantidad de monedas reunidas pacientemente tras largos años de privaciones y trabajos. Y por eso le seguía con raro empeño, fraguando planes, observando sus menores movimientos, tratando tal vez de pillar propicia ocasión para asesinarle.

Y aquella habría llegado ya! En los dos meses transcurridos, el hombre de los terribles mostachos había observado todos los detalles, posesionándose de su presa, urdiendo su trama. Y, en efecto, durante todo el tiempo que Ramón permaneció en el café, pudo verle manifestar impaciencia y ciertos gestos inequívocos. Las miradas escrutadoras que le dirigía á él, á Ramón, eran más sombrías que nunca; sus ademanes eran nerviosos, violentos; su voz al pedir un diario al mozo, tenía un timbre particular, tétrico y sombrío.

Aquella actitud mantenía clavado en su silla al infeliz Ramón que hubiera deseado retirarse temprano á su casa. Pero no podía hacerlo. Al principio, la esperanza de que entrara al café algún amigo que pudiera acompañarle en su retirada, le mantuvo á la expectativa; luego, como oyera sonar las diez en el reloj de la Catedral, quiso levantarse bruscamente, pero el gesto terrible y brusco que hizo su perseguidor para salir también á la calle, le dejó clavado en su asiento. Allí permaneció hasta las once y media, contra su costumbre, y el otro, impasible, aguardándole. Por fin, lleno el corazón de angustias, se lanzó á la calle, casi corriendo, y poco después los pasos sonoros de su perseguidor resonaron á su espalda. Apresuró el paso; el otro hizo lo propio. Siguió su marcha sin aliento, temboloroso, esperando encontrar un guardia-civil; pero al percibir uno en la esquina de Andes y 18 de Julio, el hombre de los bigotazos estaba casi á su lado, como advirtiéndole con su presencia que á la menor palabra le iba á deshacer el cráneo de un garrotazo.

Ramón sintióse desfallecer, y una nube empañó sus ojos. El corazón reventaba dentro de su pecho; los sollozos anudaban su garganta. Morir! Morir tan joven, y perder aquella fortuita que había reunido con tanto trabajo y tantas privaciones! ¡Era horrible! ¡Ah, no! Ahora estaba decidido; tan pronto encontrara, al primer guardia-civil, le llamaría, y así al menos, si moría sería vengado. Esta idea dió alas á sus pies, y siguió por la calle 18 de Julio, que á él se le antojaba la menos solitaria. Pero al llegar á la boca-calle que forma la de Daymán con la que él seguía, el terrible perseguidor se le puso al lado. Ramón sintió una punzada horrible en el cerebro y, durante un minuto, tuvo la idea de echarse á sus pies y ofrecerle toda su fortuna con tal de que le dejara la vida. Pero, bruscamente, otra idea viboreó en su cerebro. Allí estaba la calle Queguay, y allá en la de San José distinguió un guardia-ci-

vil. Hizo una conversión rápida y siguió disparado como una saeta.

Al mismo tiempo, una voz terrible, casi sin aliento, dijo á su oído:

—Lleva prisa el señor esta noche, ¿verdad? Se le ha hecho tarde en el café. . .

Ramón creyó que se moría. El hombre tenebroso estaba de nuevo á su lado y le clavaba una mirada fulminante é irónica, mientras sus labios decían aquellas palabras.

—Es un poco tarde y la noche está fría— prosiguió el tipo aquél, accionando mucho cual si pretendiera mostrarle á su víctima el terrible garrote.—Y el señor ¿no teme á los ladrones y asesinos?

Al desdichado Ramón se le heló la sangre en las venas y el espanto le atarazó la lengua. Estaban en la esquina de San José, y sin embargo no vio ni recordó al guardia-civil.

El hombre de los mostachos colorados marchaba siempre á su lado. Decíale que le conocía á él, á Ramón de mucho tiempo atrás, que le encontraba todas las noches en el café y que deseaba cultivar su amistad. Ramón respiraba un poco más tranquilo no viendo que el peligro fuera inminente, cuando el otro dijo entre dos risitas huecas y lúgubres:

—Dicen que el señor no es tan pobre como parece. . .

Ramón sufrió un vértigo y, como estuviera ya en la cuadra de su casa, quiso despedirse de su extraño acompañante.

—No, señor;— contestó éste—le acompaño hasta su puerta.

El infeliz no tuvo ya duda. Allí, en el portón, entre aquella obscuridad, el bandido aquél le remataría. Había logrado infundirle confianza y ahora le tenía en su poder. Ramón creyó que el estómago se le subía á la garganta y ondas de hielo apretaron sus carnes. El miedo le paralizaba la lengua y encogecía sus ojos. Sin saber cómo, quedó tieso, rígido, frente al portón de su casa, sin una idea en el cerebro, esperando resignado la muerte.

Y entonces el otro, siempre con su voz de trueno é inflexiones más agudas que la hoja de un estileto napolitano, dijo:

—Tengo que decirle, señor, una palabra. Ramón no respiraba casi. El otro prosiguió:

—Yo, señor, no soy un cobarde; pero hace tiempo que un miedo insuperable á los asesinos me domina. Sé que no tengo enemigos ni fortuna que pueda acarrearle la muerte. . . pero. . .

Alzó su bastón con gesto terrible. ¡Ah! El infame se cebaba haciendo sufrir á su víctima. Le daba conversación para prolongar su agonía. Ahora concluía su obra. Sus ojos lanzaban rayos; su bastón medía el golpe. . .

— . . . pero. . . si el señor quiere ser mi amigo, todas las noches, al salir del café, podríamos regresar acompañados. . . Yo soy un enfermo. . . cerebral. . . y á pesar mío, tengo miedo. . . miedo. . . me muero de miedo, señor. . . Yo le sigo á V. por andar acompañado. . . ¡Si el señor quisiera ser mi amigo! . . .

VICTOR PÉREZ PETIT.

NADERÍAS

DISFRAZ

Al verte tan devota y tan creyente

No faltó quien dijera:

—No es la primera vez que entre la gente

El diablo se disfraza de inocente,

Vestido de sotana ó con pollera.

SOL Y LUNA

Como la Tierra, tiene la vida del humano

Un centro y un satélite, un móvil y un motor:

Es la esperanza el centro radiante y soberano,

Y el desaliento el astro inerte y sin fulgor.

ESTERILIDAD DEL BIEN

Yo tengo para mí que el sacrificio

Mayor, más infecundo,

Consiste en este humanitario mundo

En hacer al mortal un beneficio.

CUESTIÓN DE GUSTOS

Todos los que han gozado tus caricias

Y saboreado el néctar de tus besos

Dicen que son delicias de delicias.

¡Y yo que les he hallado gusto á pesos!

ANTE EL PELIGRO

Cuando la causa del deber pelagra,

Ó no halla freno el mal que lo sujete,

Es tan servil aquel que se someto

Como es indigno el que cobarde emigra.

BRAHMANES Y PARIAS

Como el feudal dominio,

despótico y tirano,

sus siervos y señores

también tiene el talento:

señores, los que piensan

que nada hay sobrehumano,

y siervos los que humillan

á un Dios su pensamiento.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

MEDIOS DE PREVENIR LA GUERRA

(Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad de la República.)

[Continuación]

En casi todos los países de Europa existen sociedades con el mismo propósito encomiable, y continuamente tenían lugar Congresos con el fin de adelantar en la propaganda de solucionar pacíficamente los conflictos internacionales.—En el año 1867, y nacida del movimiento de opinión que provocó la conferencia de Londres sobre el asunto de Luxemburgo, se constituyó una liga internacional permanente de la Paz, que contaba entre sus miembros notabilidades europeas y americanas, en la historia, en la política, en la filosofía y en la religión. Esa Sociedad recibió adhesiones de centenares de sociedades de todo género, principalmente de asociaciones de obreros interesados mayormente que nadie en el man-

tenimiento de la paz como garantía de la estabilidad de sus hogares y de la formación de sus pequeños capitales con la perseverancia del trabajo diario y del ahorro, ideal bien modesto, pero que sería imposible llevar á la práctica con los peligros de la guerra.

«Prosigamos, el presidente de la Liga Internacional de la Paz decía en un discurso en 1872. «Nosotros no abandonamos nada, nada damos en amnistía, nada olvidamos; mantenemos con una persistencia cuya moderación acusa la energía, la reivindicación incesante del derecho contra la fuerza, y con arreglo á esa teoría, esa liga difunde y propaga la independencia de las naciones y la justicia internacional».

Trata de sustituir el arbitraje y las otras vías convencionales y jurídicas á las violencias de la guerra.—Cada año la Liga de la Paz ha tenido con fortuna diversos congresos en diferentes ciudades de Europa. En política es radical y quiere la transformación de los ejércitos permanentes en milicias nacionales, la separación de la iglesia y el Estado, los derechos de la mujer y la abolición de la pena de muerte.—No separa la reforma social de la reforma política y pugna por enseñar á las jóvenes generaciones la práctica del arbitraje.—Las exposiciones universales son lugares también de cita para los congresales de la Paz: en la de Londres en 1851 tuvieron un célebre meeting, y en París en 1858 tuvo lugar uno al cual asistieron, á razón de dos delegados por cada país, muchísimos gobiernos.—Un Comité de organización nombrado en febrero de 1889, en la última exposición, hizo un llamado caluroso á los amigos de la paz y elaboró un interesante programa de estudios. Su primera sesión tuvo lugar en junio de ese año; á ella asistieron representantes de cien sociedades, adoptándose una porción de resoluciones que constituirán seguramente los verdaderos prolegómenos del derecho internacional.—El Congreso de Londres de 1890 ha sido presidido por Mr. Field, caracterizándose por las elocuentes protestas formuladas en nombre de los indígenas del Cabo de Buena Esperanza, contra las crueldades de las autoridades inglesas.—El 22 de julio de 1891 tuvo lugar el 25.º Congreso de la Paz y la Libertad, con asistencia de 14 sociedades, estando en la orden del día, como cuestión principal, «la del derecho de conquista» La asamblea votó la siguiente declaración: El Congreso niega el derecho de conquista, declarando nula toda anexión y toda centralización hecha sin el preveio consentimiento del pueblo anexo ó neutralizado, y emite el deseo ardiente de ver el Congreso universal y la conferencia interparlamentaria poner á la orden del día de los pueblos y de los gobiernos el establecimiento inmediato de un orden jurídico internacional fundado sobre el principio del arbitraje. El Congreso siguiente tuvo lugar en Roma el 11 de noviembre de 1891, tratándose de las cuestiones siguientes:—hacer más pacífica la influencia de la prensa é impedir á los periódicos sembrar la discordia y el odio entre las naciones, inculcándoles principios de fraternidad á los niños y á las escuelas

de jóvenes por medios pedagógicos; invitar á las asociaciones obreras á crear periódicos favorables á la paz para contrarrestar la influencia de los que fomentaban la discordia, y aprobó la creación de una Oficina permanente en Berna, destinada á ayudar á los comités locales y organizar la convocación de los Congresos. Durante los años siguientes hasta el presente ha habido varios congresos en los cuales se ha tratado de solucionar distintos puntos de política internacional, y todo bajo el sistema de la paz.—Con lo que hemos dicho de los anteriores, se ve suficientemente la influencia que cada día va tomando esa idea entre las naciones civilizadas; ella se infiltra desde los altos parlamentos hasta las asociaciones de simples particulares; cada día toma más cuerpo y cada día, también, la guerra es más difícil, ayudando á la propaganda de la paz los recursos de la diplomacia, las vías convencionales de arreglo y quizá el adelanto del material bélico que haría de la guerra entre dos grandes potencias una lucha encarnizada, formidable y de consecuencias desastrosas bajo todo concepto.

EL ARBITRAJE

Dice Montesquieu que hasta los salvajes tienen su derecho de gentes, pero los primeros rudimentos del arbitraje recién se encuentran en la civilización de los griegos y aun entre las pequeñas repúblicas helénicas que excluían de ese beneficio á los Bárbaros, porque entre ellas era opinión general que los griegos tenían un eterno deber de hacerles la guerra.—Las quejas entre ellos mismos, por el contrario, consideraban la guerra como una división intestina, una discordia, debiendo reducir suavemente por la razón á sus adversarios, sin desear castigarlos ni hacerlos esclavos, sino corregirlos como para hacerlos buenos y no enemigos. De ahí nació la institución de Asociaciones anfictónicas que eran á la vez políticas y religiosas, formadas por un cierto número de Estados limítrofes, con el fin de arreglar amistosamente sus diferencias y reglamentar sus relaciones. Ese Consejo tenía los atributos de un consejo federal, pero jamás este lazo fué tan fuerte para constituir á la Grecia en una sola nación.—Eran los guardadores del derecho de gentes helénico, manteniendo el respeto de las leyes de la guerra, la observación de las treguas y prohibiendo llevarse los trofeos muy durables para no eternizar los odios. Durante la lucha hacían respetar el derecho de asilo en sus templos y aseguraban á todos la libertad de asistir á los juegos. Fuera de ellas, se dieron muchos casos de árbitros especiales, para las disensiones entre las ciudades. Roma la conquistadora absorbió las instituciones locales. Para ella el mundo era el imperio, y el tribunal el Senado, el cual debía juzgar á los pueblos al fin de cada guerra y decidir las penas ó recompensas que cada parte había merecido. Tenían, sin embargo, los feaciales que eran los órganos del pensamiento religioso y jurídico. Eran los intérpretes de la fe pública entre los pueblos, y versados en la ciencia del derecho de gentes, fueron los conse-

jeros de Estado en las negociaciones internacionales. Antes de la guerra estaban encargados de justificar ante los dioses el derecho de Roma á tomar las armas, y el Senado, con arreglo á su juicio, ordenaba lo que creía justo y piadoso. Además de los feaciales se hallaban en Roma los que se llamaban los *Recuperadores*, magistrados llamados á juzgar las dificultades entre los Estados ligados por tratados, estatuyendo sus decisiones según reglas mixtas tomadas de las leyes romanas y las leyes nacionales de los extranjeros.

Los feaciales desaparecieron al fin de la República, y bajo los emperadores el poder judicial se concentró en manos de funcionarios que hicieron inútil los *Recuperadores*.

La Edad Media se caracterizó por la confusión política de la época. La guerra estalla por todas partes; el cristianismo únicamente encarna la unidad y los principios de la humanidad. La iglesia no crea el derecho internacional, pero al llamado de los pueblos ella concurre para ensayar disminuir la violencia de la fuerza, civilizando la barbarie. El régimen feudal no admite ni unidad ni concentración; se limita á la confederación militar gobernada por un jefe. Gregorio VII quiere dominar como el árbitro de Europa, aspirando á someter el mundo civil á la iglesia y la iglesia al Papado, interviniendo en todas las contiendas de la época y durando la influencia poderosa de la Iglesia, ya sin las miras altruistas y civilizadoras de un principio y con propósitos ambiciosos de dominación universal.

En 1213 Inocencio III convoca á todos los soberanos á un concilio en Roma. En 1298 Bonifacio VIII sirve de árbitro entre Felipe el Hermoso y Eduardo I.º Muchos otros casos de mediación se suceden hasta que la Europa, justamente indignada, sacudió el yugo opresor de ese tutor teocrático; los reyes no quisieron un juez que fuese parte al mismo tiempo, principiándose una lucha formidable entre esas dos potencias gigantescas que aspiraban á la monarquía universal, llegando la culpable perseverancia por parte del Papa en sus pretensiones injustas á querer figurar como soberano temporal en las luchas de los otros Estados, hasta el punto de comprometer el Papado y aun la iglesia.

Durante el curso de la Edad Media las tentativas de arbitraje de los reyes, de los legistas y de los parlamentos tuvieron un regular éxito. Es de notarse en esa época como ensayo de resolver pacíficamente sus asuntos la Liga Anseática, asociación comercial y política que practicó una especie de arbitraje profesional; siendo su apogeo á fines del siglo XIV, contándose entonces en su liga cuarenta ciudades. Durante los tiempos modernos hasta la Revolución Francesa las tentativas de arbitraje se marcan por los diferentes ensayos de paz perpetua de que hemos pasado revista en otro lugar de esta conferencia. Por eso no nos detenemos nuevamente á citarlos.

Llegamos á la República Francesa, época grandiosa por la inmortalidad de sus principios democráticos, lanzados al mundo entero, por el reconocimiento de los derechos del hombre y la igualdad política de

los ciudadanos. En el título IV de la Constitución del 91 se lee: «La Nación Francesa renunciará á emprender guerra alguna con objeto de hacer conquistas. Ella no empleará jamás sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo», declaración aventurada dado el estado de Europa en aquel tiempo. En la Convención Nacional se muestra de la manera más marcada el contraste de la fraternidad, que está en las palabras, y la conquista, que está en los hechos. La guerra era necesaria para la propaganda revolucionaria, y la conquista fué más tarde una necesidad para la política imperial. Las victorias de los ejércitos franceses tuvieron por consecuencia la supremacía de la Francia republicana rodeada de Estados subalternos formados á su imagen y tenidos bajo su tutela. En esta época Benthám publicó su Ensayo sobre derecho internacional, Kant su proyecto de paz perpetua, y el Conde de Saint-Simon el suyo, de los cuales ya hemos hablado. La Santa Alianza y el Congreso de Viena marcan en ella un evidente progreso en el derecho internacional. A partir de ellos empiezan á reunirse conferencias en diversas ciudades con el objeto de resolver una porción de cuestiones de importancia política. El arbitraje y la mediación se mezclan y se cruzan. De 1830 á 31 se reunió la de Londres, que dió por resultado el reconocimiento del reino de Bélgica. Otros de no tan señalada importancia tienen lugar en los años subsiguientes de la Conferencia de Londres, hasta el año de 1852, en que el Emperador Napoleón III tentó varias veces reunir congresos europeos. Seducido desde su juventud por la quimera de la paz perpetua, quería el equilibrio europeo, no como lo quiso el Czar Alejandro I., sobre la unión fraternal de los reyes, sino sobre el acuerdo y el agrupamiento de las razas emancipadas. Cada vez que una crisis amenazaba estallar en Europa, Napoleón convocaba un Congreso á fin de hacer prevalecer sus ideales. Logró hacerlo en parte en 1856, á fin de ensayar salvar la integridad del Imperio Otomano. — La Turquía fué admitida en el concierto de las naciones europeas y el Danubio y el Mar Negro abiertos á la libre navegación de las naciones. — Al fin treinta y cuatro Estados de ambos mundos admitieron en el Congreso la abolición del corso, la inmunidad de la propiedad enemiga bajo pabellón neutral y de la propiedad neutral bajo pabellón enemigo, y la supresión del bloqueo ficticio. Uno de los protocolos de ese célebre Congreso se ocupaba del arbitraje, siendo admitida la siguiente proposición del Conde de Cavour: «Las plenipotencias reanidas no dudan en declarar en nombre de sus gobiernos el deseo de que los Estados entre los cuales se produce una seria desinteligencia, antes de apelar á las armas, tengan recurso, en tanto que las circunstancias lo admitan, de recurrir á los buenos oficios de una potencia amiga.» Esa cláusula fué admitida, salvo la siguiente aclaración: que el deseo expresado por el Congreso no pondría trabas á la libre apreciación en las cuestiones que conciernen á la dignidad, que ninguna potencia querría abandonar. Al decir de Gladstone, esta cláusula era

un poderoso instrumento de naturaleza á favorecer el progreso de la humanidad y la civilización.

Aquella restricción á la regla fué quizá más invocada que la regla misma; sin embargo, esa cláusula del protocolo tuvo buenos resultados, deteniendo varias veces por amigables procedimientos á algunas naciones á punto de irse á las manos. El 6 de diciembre de 1869 el Presidente Grant, en un mensaje, anunciaba la formación de un extenso derecho público que debía prevenir los conflictos; mas pronto tuvo un serio desmentido: la guerra franco-prusiana de 1870, con el motivo aparente de la candidatura del príncipe Hohenzollern al trono de España. Francia primero y después Prusia rechazaron los buenos oficios de Inglaterra, invocando la restricción á la cláusula citada; la libertad de apreciación, á que nos hemos referido anteriormente. La guerra estalló con desgracia para la Francia, y la Alsacia y la Lorena pasaron á poder de la Confederación Germánica. En 1878 tuvo lugar el Congreso de Berlín, que tuvo como principal conquista para Francia el honor de consagrar la igualdad civil y la libertad de conciencia entre los nuevos Estados creados. Donde principalmente la práctica del arbitraje es una verdad, donde ese nuevo medio se lleva á la práctica continuamente, es en América. El nuevo mundo alecciona con su ejemplo al viejo continente, enseñándole que ese recurso civilizador es un hecho, y cada día son más los laudos arbitrales que surgen de las controversias de los Estados y que se respetan por las jóvenes Repúblicas.

(Continuará.)

EMILIO A. BERRO.

De las personas en Derecho Internacional

(Conferencia leída en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad)

(Continuación)

LOS PUEBLOS NÓMADAS ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL

La palabra nómada, antes de designar á los pueblos semi salvajes que vagaban á la ventura por los países desiertos, tenía en la antigüedad una significación más restringida. Se daba el nombre de nómadas á los pueblos que vivían al Oriente de los desiertos de la Palmirene y se extendían por la parte del Mediodía hasta más allá del lago Asfaltites; más tarde se extendió esta significación á los pueblos acostumbrados á hacer correrías al país de los caldeos, próximos al Eufrates; después al de los escenitas; y por último, cuando los griegos fundaron colonias en las costas de África, dieron este nombre á los pueblos bárbaros próximos á sus colonias.

Según Plinio y Estrabón, se distinguían dos clases de nómadas, á saber: nómadas húmedas y nómadas secas. En nuestros días, la palabra nómada es genérica y designa á todos los pueblos que no tienen punto fijo de residencia y que pasan continuamente de un punto á otro, buscando la

satisfacción de sus necesidades. Existen pueblos nómadas en la Siberia, Groenlandia, Tartaria, en varios países del Asia, en el Canadá, en América, en el centro de África y en la Nueva-Holanda.

La vida que llevan estos pueblos es completamente patriarcal y muy perjudicial al progreso intelectual; y sin embargo, aunque no son verdaderas nacionalidades, cuando erran dentro de límites fijos, teniendo una organización más ó menos adelantada, gozan de una semi-soberanía. Así, p. ej., los indios de Norte-América tienen estas últimas condiciones: es un Estado capaz de gobernarse con independencia, pero los Estados Unidos no les permiten mantener relaciones con países lejanos, y además hacen obligatorias en sus territorios muchas leyes, entre ellas, ciertas penales.

Han existido y existen grandes asociaciones de pueblos, que no teniendo un fin político determinado, merecen cierta consideración internacional, porque influyen en un sentido ó en otro sobre el modo de ser de los Estados ó pueblos, vinculados en sus relaciones mutuas. Estas asociaciones pueden considerarse bajo el dominio del derecho de gentes: el Zollverein es un ejemplo de ellos.

En Calvo se encuentra perfectamente explicada su organización, y yo procuraré extractarla.

Después que se estableció la paz en Europa por los tratados de 1814 y 15, la Confederación Germánica se encontró formada por un número considerable de pequeños Estados sometidos á legislaciones distintas, cuando no hostiles y separados por derechos aduaneros y gabelas fiscales para el intercambio de sus productos, lo que hacía que se considerasen como provincias de distintos países. La dieta de Francfort se reunió con el propósito de regular las relaciones de los varios Estados, pero fracasando su iniciativa, Prusia en 1818 se asoció á algunos Estados secundarios, estableciendo las bases de una tarifa aduanera, que se puede concretar así: abolición de los derechos de importación sobre los productos extranjeros, sujetos, á lo más, á un derecho proteccionista; libertad completa de derechos de exportación, y, entre otras varias cosas, conclusión con la completa abolición de peajes y barreras fiscales en el interior de los países. Este fué el principio del Zollverein y aun del moderno imperio Alemán.

Después de hacerse palpables las ventajas del acuerdo comercial, aquellos Estados rivales se unieron de tal manera, que en 1828 todos ellos se encontraban reunidos en tres grandes ligas: La Prusiana ó del Norte, iniciadora de la idea; la del Centro, ó liga de Sax y Turingia, y la del Mediodía ó Bavara Prusia, que estaba empeñada en su proyecto de unificación, puso en juego los resortes de su diplomacia, y en el año 1855 consiguió que el Zollverein contara con la adhesión de todos los Estados de la Confederación, excepto Austria, que se negó á entrar en una liga encabezada por Prusia.

El Zollverein, después de unificar las tarifas aduaneras y destruir las gabelas fiscales, inició tratados con las naciones extran-

teras, sin fines comerciales, llegando á prosperar.

«El Zollverein, dice Calvo, ha tenido una incontestable importancia; ha sido como el lazo de unión de los Estados Alemanes. Gracias á esta unión y al aumento de preponderancia política que dió á Prusia, Alemania, cuajada hoy de fábricas y cruzada por ferrocarriles y telégrafos, libre de barreras interiores y de obstáculos exteriores, ha llegado á un grado de prosperidad agrícola, comercial, industrial y financiera que antes nunca había conocido. Sin el Zollverein, sin los principios de liberal y fecunda asociación, quizás los Estados Alemanes no hubieran visto nacer esa tendencia hacia la unidad que será su fuerza en el porvenir, y gemirían aún bajo la presión restrictiva y absoluta de la antigua Confederación Germánica.»

Existe en el mundo una sociedad que se dice la única depositaria de la verdad religiosa; la única que contiene un cuerpo de doctrina que responde á los sentimientos del corazón y aspiraciones del alma, la única que dispone de los medios y elementos necesarios para regenerar al hombre caído y llevarle á la consecución de sus ulteriores fines. Su existencia no es de hoy, sino que se remonta de siglo en siglo hasta entroncar en los tiempos de Jesucristo, como lo prueban los templos donde se predicaban sus enseñanzas, los monumentos levantados para perpetuar los beneficios que ha dispensado á la humanidad; las leyes, usos y costumbres informados en su espíritu y creencias, los escritos de sus numerosos hijos; y el incontestable testimonio de sus encarnizados enemigos. Esta sociedad se llama Iglesia católica. Inútil es empeñarse en negar su existencia, imposible sustraerse á la poderosa influencia que ejerce á su alrededor; el hecho es de los más evidentes y se siente en todas partes, lo mismo en el individuo que en la sociedad, lo mismo en los adelantos materiales que en las leyes, en las costumbres, en las instituciones y en todo cuanto se relaciona con las humanas tendencias y necesidades. Es como nuestra vida y el alma de nuestra verdadera civilización.

El carácter esencial de la verdad, ha dicho Guizot con grandísimo acierto y lo que hace de ella precisamente el lazo social por excelencia, es la unidad. Como la verdad es una, los hombres que la han reconocido y aceptado están unidos, y su unión no tiene nada de accidental ni de arbitrario; porque la verdad no depende ni de los accidentes de las cosas, ni de las incertidumbres de los hombres; no tiene nada de pasajero, porque la verdad es eterna; ni cosa limitada, por ser la verdad completa é infinita. Así como la unidad es el carácter esencial de la verdad, así también lo será el de la sociedad que no tenga por objeto más que la verdad, esto es, de la sociedad espiritual. No hay ni puede haber dos sociedades espirituales, porque de su naturaleza es única y universal. Así es como nació la iglesia, y de aquí provino esa unidad que proclamó como su principio y esa universalidad á que siempre ha aspirado.

La iglesia de Cristo tiene ciertas propiedades, señales ó notas por las que se dife-

rencia de las falsas, y por ellas es conocida y seguida por los hombres de buena voluntad. Estas notas son las siguientes: Una, santa, católica y apostólica.

La primera es ser una: á pesar de los millones de fieles derramados por toda la tierra, una es la doctrina que profesan, una es su cabeza invisible, Jesucristo, y una su visible, el Papa.

La segunda nota es ser santa: Una sociedad que tiene por fundador á Cristo y forma un cuerpo cuya cabeza es él; una sociedad que profesa una doctrina en que no se encuentran una palabra ni una letra que no inspire la santidad; una sociedad que recibe de Dios todas las gracias de la misericordia, claro es que es santa.

La tercera es ser católica: que vale tanto como universal. Y en efecto, una sociedad que no está ceñida ni limitada por mares, ni por montes, ni por ríos; que atraviesa las fronteras de los pueblos y difunde su fe; lo mismo en este que el otro hemisferio; lo mismo en Europa que en América, en Asia que en África, entre los hielos del Norte como bajo los rayos abrazadores del Ecuador y en las dilatadas islas de la Océanía, claro es que es universal.

La cuarta nota de la iglesia es ser apostólica. Y de tal manera le conviene esta propiedad, que ninguna secta puede arrebatársela; porque ninguna más que ella sigue y enseña la doctrina que siguieron y enseñaron los apóstoles.

Tres son los cargos ó oficios principales de la iglesia: el de testigo, el de juez y el de maestra.

Desempeña el cargo de testigo, manifestando las verdades y hechos recibidos de Cristo; el de juez, dirimiendo y fallando las controversias relativas á la fe y costumbres católicas; y el de maestra, enseñando por la predicación y la práctica la sana é imperecedera doctrina que nutre y confirma á los fieles en la verdad y en el bien.

El hombre necesita estar constituido en sociedad para realizar sus fines temporales y conseguir los bienes de este orden: luego con mayor razón necesita formar parte de una sociedad de un orden más elevado para conseguir su fin eterno, los bienes consiguientes y los medios que conducen á él. Todo hombre, pues, á un mismo tiempo y en perfecta armonía, es miembro de tres sociedades distintas: la sociedad doméstica, ó la familia; la sociedad civil, ó el Estado; la sociedad religiosa, ó la iglesia. Esta triple sociedad satisface todas las necesidades y aspiraciones del hombre, es conforme á su naturaleza y contribuye á su perfección.

Pero, en rigor, sólo la iglesia realiza el bello ideal de una sociedad perfecta, porque reúne á toda la humanidad en una sola familia y da á todos iguales bienes, atendidos de la misma manera, porque están ordenados á los mismos fines. No así el Estado; que por una parte se encierra dentro de sus fronteras, constituyendo así una división de los otros Estados, ó lo que es lo mismo, una sociedad parcial, y se esfuerza por medrar á costa de los demás, por tener intereses encontrados; y por otra, no puede repartir de igual manera la suma de los bienes á todos los ciudadanos, ni dar

leyes que no sean en perjuicio de algunos, ni sostenerse sino á costa de la libertad individual. Lo contrario sucede en la iglesia, para la cual no hay fronteras ni divisiones de pueblos, ó tribus, ó lenguas, sino que se extiende más allá que todas las sociedades humanas, y las contiene en sí misma, á la manera que el Estado contiene las ciudades y éstas las familias. En el orden político hay uruguayos, argentinos, chilenos, etc., etc.; en el orden religioso no hay más que católicos, hijos todos de una misma madre y miembros de un mismo cuerpo, que forman la más estrecha y compacta unidad. Es un organismo viviente, con vida propia, que influye en todos sus miembros, á la manera que un árbol robusto y lozano vivifica con su savia todas sus ramas y hasta sus últimas hojas.

Es importantísimo comprender bien esta idea fundamental, que nos descubre los horizontes más luminosos, y que es de un valor absoluto y concluyente, como la más robusta de nuestras pruebas, y la más oportuna para aclarar la doctrina sobre los derechos de la iglesia, su independencia y la extensión de su autoridad. Si la iglesia fuese una mera aglomeración de individuos, no tendría otro poder que el que hubiera recibido de sus miembros, y habría que dar la razón á los protestantes y á los regalistas antiguos y modernos: si, por el contrario, es una institución orgánica, dotada de una vida divina, ella misma anima y vivifica á sus miembros, los rige y gobierna con autoridad propia, y por el mismo hecho se eleva sobre todos los poderes humanos.

De lo cual se infiere que siendo la iglesia, como lo enseñan los teólogos, el cuerpo místico de Cristo, viviendo de sus influencias y formando con él, como su cabeza, una persona moral, es una sociedad perfecta y plenamente libre, que posee derechos, prerrogativas y autoridad, como los de su fundador. Más todavía: según la doctrina sentada, no sólo es la sociedad más perfecta que se conoce, sino que es la sociedad más perfecta que se puede concebir.

Si alguno, como puede suceder, educado en el liberalismo radical, rechaza esta prueba ó intenta desvirtuarla, como si afectase únicamente á los intereses puramente espirituales, no podrá negar al menos que la iglesia obra en nombre y representación de Jesucristo, como encargada por él de guardar el depósito de sus doctrinas. Ahora bien: aun sólo con este carácter debe ser necesariamente una sociedad bien constituida, que tenga el derecho de vivir y desarrollarse del modo más conducente á sus fines, que sólo ella puede determinar, como intérprete de aquellas doctrinas.

Cuando Jesucristo enseñó las verdades sublimes que constituyen su religión, proveyó que su enseñanza, como necesaria al hombre, permaneciese inalterable en toda la duración de los siglos: no la dejó, pues, abandonada de las interpretaciones del capricho, del egoísmo, de la ignorancia ó de la malicia, sino que la puso bajo la tutela de una institución creada *ad hoc*, ó sea, destinada á preservarla de toda alteración. Esta institución supone un magisterio, una interpretación genuina, una autoridad deci-

siva, un juicio sin apelación. Y como las controversias y negaciones existen de hecho y revisten mil y mil formas de errores contrarios, en sus aplicaciones sociales, se infiere que dicha institución no sólo ha de dirimir las unas y condenar los otros, sino que además ha de ser una sociedad que profese en toda su pureza las doctrinas de su fundador.

Porque es evidente que el Cristianismo ha de existir en estado social, ó lo que es lo mismo ha de tener una existencia pública, como conviene á su naturaleza, sin que reciba su vida y su derecho á ella de la sociedad civil. El hombre es sociable en el orden religioso, como lo es en el orden natural, y es preciso que el Cristianismo esté organizado socialmente para responder á las necesidades de esta sociabilidad. Así es que todas las religiones conocidas han existido como sociedades públicas, y de otro modo no hubieran podido existir, siendo de notar que todas las religiones falsas fundaban su derecho como recibido de Dios y sostenían su independencia fingiendo tener comunicaciones directas con él. De modo que lo relativo á la religión ha sido siempre un terreno vedado á la autoridad é intervención civil. Pero donde ha ocurrido que el gobierno temporal ha tomado la dirección de los asuntos religiosos, la religión, esclava, absorbida en el Estado, ha concluido por degradarse, corromperse y desaparecer, pues no merece el nombre de religión un culto ceremonioso, meramente oficial.

Por último, la iglesia existe de hecho con vida propia, como una sociedad perfecta é independiente, cualesquiera que sean sus relaciones con el poder civil. Ella está apoyada sobre la libre sumisión de las conciencias y la unión estrecha de los corazones. Toda limitación que se intente poner al ejercicio de los derechos libres de la iglesia es una violencia, es un abuso de fuerza, es un atentado de lesa-conciencia y de lesa-religión. Per eso es un sofisma el de aquellos que afirman que la iglesia se ha sostenido por el concurso material ó moral que le han prestado los gobiernos.

La iglesia católica, dice el Cardenal Ali-monda, no conoce las columnas de Hércules; gira como el Sol alrededor del mundo, y tiene por meta los confines de la tierra. Y para que se vea el recelo que tienen á la religión aun sus más ardientes perseguidores, citaré un caso histórico.

Cuando Napoleón estaba en el apogeo de su poder, teniendo en su mano los destinos de la Europa, le envió el ministro Pitt, desde Londres, un diplomático llamado Marseria. Terminadas que fueron las presentaciones, Marseria dijo á su augusto compatriota: «—Mientras vos reconozcáis á Roma, Roma os dominará; los sacerdotes decidirán vuestra suerte.»—Napoleón, que sentía muy en lo vivo que alguien pretendiese hacerle sombra, no se incomodó esta vez; vió que las cosas marchaban con orden regular, y tranquilamente respondió:—

«Marseria, aquí hay dos autoridades, una enfrente de otra; para las cosas temporales tengo mi espada, y ésta basta á mi poder. Para las cosas del cielo está Roma, y Roma

decidirá sin consultarme y tendrá razón.»— Pero, replicó Marseria, no seréis nunca plenamente soberano, ni aun temporalmente, hasta que no seáis cabeza de la iglesia. Lo que yo os propongo es que creéis una reforma en Francia, que vale tanto como decir una religión toda vuestra.—«Crear una religión! contestó Napoleón. Para crear una religión es necesario subir al Calvario, y el Calvario no entra en mis designios.»

Si la iglesia es una sociedad natural, por que viene á satisfacer las necesidades morales de los hombres y brota naturalmente de su misma naturaleza, y si además es una sociedad perfecta é independiente, porque su fundador la dotó de todas aquellas facultades y de derechos necesarios para que se rigiese por sí misma, sin intervención de autoridades extrañas, creo que es perfecta persona jurídica ante el Derecho Internacional.

RAFAEL GALLINAL.

[Continuará]

La propiedad territorial en el Derecho Internacional

(Conferencia leída por su autor en el aula de Derecho Internacional Público de la Universidad).

(Continuación)

Antes de pasar á otro punto del Programa, deseo dar la opinión que me he formado respecto á la debatida é interesante cuestión de si una compañía particular podría ó no ocupar territorios y adquirir derechos de soberanía sobre ellos.

Afirmativamente han respondido la mayoría de los autores, y hasta hoy así lo han reconocido los hombres de Estado. Pero, en realidad, unos y otros argumentan con la historia, escudan su doctrina tras larga lista de hechos favorables, desdeñan los principios de justicia, como si el Derecho Internacional fuera sólo una exposición de hechos más ó menos atentatorios y no un conjunto de sanos principios jurídicos, que tiende constantemente á mantener el respeto en las relaciones de los Estados, como las aguas tienden á buscar su nivel natural.

Bluntschli y Charles Salomon, más acertadamente en mi humilde opinión, niegan á las compañías particulares semejante derecho.

Toda compañía, cualquiera que sea su índole ó importancia, no debe ser para el Derecho Internacional más que un simple particular, reconociéndose como nacionalidad la del lugar de su formación ó aquella que en sus estatutos se indicase.

La comunidad internacional, formada por las personas jurídicas reconocidas como capaces para ser sujetos de relaciones internacionales, no puede reconocer derechos de soberanía sobre un territorio á particulares, ó á una asociación de éstos, incapaces de cumplir las obligaciones que de tal hecho resultan.

La calidad de personas en el Derecho de gentes no concede privilegios, sino únicamente en el caso que, van á ellos apareja-

das obligaciones que requieren condiciones especiales para ser una garantía de su cumplimiento.

Por esa razón, sólo se concede la calidad de persona jurídica en el Derecho Internacional á los Estados.

Los particulares ó compañías, ocupando tierras no habitadas, adquirirán derechos de propiedad, pero no de soberanía. Y en ese caso incumbe al derecho privado establecer las reglas ó definir los títulos de esas adquisiciones.

¿Hasta dónde se extiende la autoridad de un soberano que ha ocupado una parte de un territorio?

La ocupación de un punto dado por un Estado lo autoriza á apropiarse toda la zona de tierra en donde su autoridad se haga sentir; hasta donde sus leyes ú órdenes ejerzan jurisdicción.

Este criterio, en armonía con la doctrina de la ocupación efectiva, es el que debe servir como norma de conducta á los Estados, para determinar la amplitud de derechos que la posesión de un punto de la tierra les otorga sobre los territorios vecinos.

Conservemos como mérito puramente histórico la tesis del período de los descubrimientos, por la cual se tomaba posesión, á nombre de los reyes europeos, de las tierras vírgenes de América.

Las controversias que puedan suscitarse sobre mejor derecho á un territorio pueden dilucidarse fácilmente á la luz de los principios de Derecho Internacional. Señalar límites fijos á la zona que da derecho á la posesión de un punto dado, es oscurecer la cuestión, es avivar el apetito insaciable de los Estados.

Así, se da por algunos como regla que la ocupación de una tierra en la desembocadura de un río confiere derecho á toda la cuenca regada por ese río y sus afluentes, por ser las vías que alimentan aquella zona.

Pero, volviendo por pasiva la cuestión, los ocupantes de la fuente del río también pueden reclamar la misma zona regada por las aguas que allí nacen y que florece á su costa.

Estados Unidos llevó á sus últimos extremos estos principios en el célebre y conocido conflicto del Oregón con Inglaterra, terminado por el tratado de 1846, por el cual las pretensiones norteamericanas fueron reducidas á los límites razonables, reconociéndose á los ingleses el derecho de libre navegación en el Colombia y á los súbditos y compañía inglesa de Hudson los derechos adquiridos á varias posesiones.

Considero innecesario establecer reglas diferentes según se trate de tierras ocupadas en la costa del mar, en el interior de los continentes ó en las orillas de los ríos. Los mismos principios deben aplicarse á todos estos casos.

Demarcación de límites

REGLAS GENERALES

Los límites de la soberanía de un Estado terminan donde principian los del Estado vecino.

La necesidad de evitar los conflictos posibles entre ambas autoridades, el interés

común de conservar la armonía en sus relaciones internacionales, alejando todo el motivo para que la paz sea turbada, constituye, más que un deber, una obligación para los Estados fronterizos de ajustar, clara y permanentemente, los límites de sus territorios.

Ninguna cuestión como ésta en Derecho Internacional ha originado más conflictos, ha hecho correr más sangre, ni logrado soluciones más injustas.

En ellas siempre han entrado en juego pasiones egoístas, intereses privados que se anteponen á los elevados principios de la justicia y el derecho.

Sin embargo, el derecho positivo ha marcado las reglas llamadas á solucionar estas controversias pacíficamente y que son hoy aceptadas por casi todas las naciones.

Donde la naturaleza se ha prestado para facilitar las divisiones de pueblos, que éstos y no aquélla han querido demarcar, ha sido común adoptar como límites los naturales, fueran éstos montañas, mares ó ríos.

En el primer caso, es de práctica, siempre que existan dudas, adoptar como límite una línea trazada en la dirección de las más altas cumbres, y en otros casos puede convenirse como límite el *divortio aquarum*, ó sea la línea que señala la separación de las aguas que caen de la montaña.

Cuando un Estado se halla limitado en algunos de sus vientos por un mar, su soberanía sobre éste sólo debe ejercerse hasta donde las necesidades de la pesca ó de la defensa lo exijan; que es opinión casi común entre los internacionalistas no debe pasar más allá de tres ó cinco millas de la costa.

Los ríos, más bien que fronteras entre dos Estados, son lazos de unión, vías que sirven para estrechar las relaciones y borrar las distancias que la política traza entre dos pueblos.

Las corrientes de agua que bañan una y otra costa, arrastrando las arenas de ambas playas, conducen también las ideas de las poblaciones de las dos orillas, las une, las confunde en un mismo sentimiento, haciendo pacer la armonía y la comunidad de intereses entre los pueblos ribereños.

Pero siempre que una corriente de agua se interponga allí donde principian y terminan dos soberanías diferentes, debe adoptarse como regla general el *talweg*, ó sea la línea que limita la jurisdicción de uno y otro Estado.

Y para todos los casos dudosos, cuando los antecedentes históricos, los archivos oficiales, los documentos de toda índole no arrojen la luz necesaria para aclarar ante las partes la verdad oscurecida, deben los pueblos recurrir al fallo imparcial de un gobierno extraño, práctica que señala el más notable progreso en las costumbres de los pueblos, victoria saludable de los principios del derecho de gentes sobre la prepotencia de la fuerza bruta. Que la siempreviva de los amantes de la justicia y el derecho circunde la frente de los que adopten ese sistema en la solución de sus conflictos.

ACCESIÓN.—REGLAS GENERALES

Como la propiedad privada, aun cuando

no tan frecuente, el territorio de un Estado puede verse aumentado ó disminuido, ya sea por hundimientos, alejamientos del mar, por aluvión, etc. En todos estos casos se llamará *accesión* á todos aquellos ensanches que sufra el territorio de una manera natural.

Es regla unánimemente aconsejada la de conceder la soberanía de estos territorios así agregados al Estado al cual se incorporan.

Así, una posesión de tierra arrebatada por las aguas si es conducida á la opuesta orilla que es otro Estado, á éste corresponderá ejercer sobre ella la soberanía, aun cuando la propiedad siga perteneciendo á los anteriores dueños. Y, en efecto, no de otra manera debería ser, pues no es admisible se consienta introducir una soberanía en los límites de la de otro Estado.

Las islas adyacentes á una costa, formadas en la desembocadura de los ríos ó elevadas del fondo de los mares, por la necesidad de la defensa, como una garantía de tranquilidad para el libre ejercicio de la soberanía, deben pertenecer al Estado que está próximo á ellas.

En cuanto á las islas que aparecen en alta mar, se estará á las reglas generales sobre la ocupación.

CESIÓN DE TERRITORIOS.—DISTINCIONES QUE DEBEN ESTABLECERSE. ¿ES NECESARIO EL ASENTIMIENTO DE LAS POBLACIONES? EJEMPLOS.

Recordando la confusión existente hasta tiempos no muy distantes entre las ideas de propiedad y soberanía que hemos expuesto con alguna extensión, no debe extrañarnos ver cómo los soberanos en ese entonces disponían de sus territorios y poblaciones, siempre que sus intereses se lo aconsejaban, transfiriendo por tratados de cesión á otros Estados ó príncipes zonas extensas de sus dominios, siendo en ellos englobados como en tupida red todos sus habitantes, sin distinción de nacionalidades.

Considerado el Estado como patrimonio del príncipe, sus habitantes mirados como partes integrantes del suelo, el soberano disponía arbitrariamente de sus tierras y súbditos en idéntica forma que hoy un hacendado cede ó vende un campo con la hacienda que en él pasta.

La sociedad dominada por las preocupaciones de la tradición, convencida por los sofismas de los juristas del origen divino de las monarquías y considerando á sus soberanos consagrados con el óleo santo de la omnipotente deidad, miraban esos cambios de soberanía con marcada indiferencia; el mapa del mundo experimentaba las mutaciones bruscas de un damero de ajedrez, sin que los pueblos se creyeran autorizados á preguntar el nombre del nuevo amo.

Las contribuciones para satisfacer nuevas necesidades palaciegas, la presencia de oficiales invocando otra autoridad y las voces desconocidas que se escuchaban en sus ergástulas, eran los únicos indicios reveladores á las masas del cambio de nacionalidad sufrido y lo acataban incontinentemente como emanado de la más sagrada autoridad y cumpliendo el más religioso de los deberes.

La historia señala á cada paso estos ejemplos, cada vez más escasos á medida que el mundo ha ido progresando humanitariamente y el liberalismo triunfante ha ido cortando las alas á los absolutos soberanos de las vetustas monarquías.

Sin embargo, en épocas relativamente modernas, el Margrave de Brandeburgo aumentaba sus posesiones con varias ciudades compradas por dinero á su anterior soberano; en el siglo XIV Juan de Luxemburgo vendía en 150,000 florines la ciudad y el territorio de Luegues á Felipe de Valois, y era común que los papas, las reinas y príncipes tomaban parte en esas *ferias*, de las cuales se retiraban con ciudades, países ó territorios poblados de seres humanos.

Un príncipe destronado, en una noche de fortuna, obtenía en la carpeta los medios para adquirir territorios donde establecer un nuevo Estado, haciéndose soberano con el dinero más pronto que con la espada.

Como consecuencia de los grandes descubrimientos, con la adquisición de extensas zonas de territorio, hallaron los soberanos medios fáciles de arreglar sus finanzas, enagenando tierras, obtenidas por la conquista y pobladas por indígenas, quienes, mirados como animales, jamás se pensó en consultarles. Así han adquirido numerosos territorios Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etc., en el siglo pasado y principios del actual; pero siempre que se obtenían de otro país civilizado, se exigía la celebración de tratados de acuerdo con el Derecho Internacional y procedían los contratantes como mandatarios de la sociedad y no como dueños absolutos de sus pueblos, señalando un marcado progreso con respecto á las prácticas antiguas.

Este es el proceso histórico de los hechos indicados á manera de preámbulo á la exposición de la teoría de la inalienabilidad é indivisibilidad de los territorios de un Estado como regla ó principio general.

En efecto, el territorio de un Estado debe considerarse, en principio, como inalienable é indivisible, formando una unidad comparable por analogía con un organismo al cual no le es permitido desprenderse de uno solo de sus miembros, sino cuando el conjunto lo exija como una necesidad suprema ó una utilidad evidente.

Estas enagenaciones ante el Derecho Internacional reciben el nombre de *tratados de cesión*, para cuya celebración, no sólo debe tenerse en cuenta la capacidad de las partes contratantes, sino las condiciones especiales del objeto del pacto y las formalidades á que debe someterse el tratado para su ratificación.

Desde luego, se pone en duda el derecho de la soberanía á ceder una parte del territorio sean cuales fueren las causas que motivasen esa cesión.

La soberanía, siendo indivisible por su naturaleza, debe ejercerse en todo el territorio sin restricción, y sólo el pueblo, fuente de donde emana, puede variar sus atribuciones. Por otra parte, Grocio agrega que las partes de un Estado al unirse han establecido un compromiso permanente y que nada puede legitimar la cesión de una parte, pues con ello se viola la base del pacto;

